

75/1X-54 10/10/54

SOLIDARIDAD

Suplemento

de

OUVRIERE

París, Agosto de 1954 * Supplément mensuel de SOLIDARITE OUVRIERE, porte-parole de la CNT d'Espagne en exil. * Precio : 40 francos — N° 489 - 8

EL OSTRACISMO VOLUNTARIO

de Juan Ramón Jiménez

El TRO poeta, Juan Ramón Jiménez, considerado en España y América, especialmente por sus discípulos, como el más alto lírico de la Península, pasea, a semejanza de Manuel de Falla y quizás más irreductible, su aristocrática soledad por América desde hace años, más que en el destierro, en un voluntario ostracismo, por igual que Falla, asqueado de la muerte de su amigo García Lorca e incompatible con la esclavitud que reina en su patria, negándose en absoluto al diálogo con los españoles de allá; inclusive con aquellos que le rinden en ausencia los mayores homenajes. Tratemos, pues, más que del destierro, del ostracismo voluntario de Juan Ramón Jiménez. El ostracismo, en realidad, si nos trasladamos a

los tiempos helénicos, es cosa distinta. « El ostracismo en Grecia — escriben los hombres del tiempo —, era una clase de destierro temporal, pronunciado contra un ciudadano por el pueblo reunido. No era una pena, sino una medida de seguridad pública que no entrañaba ningún deshonor. El condenado conservaba la propiedad de sus bienes, y cuando transcurría el tiempo legal de su ostracismo, volvía a adquirir todos sus derechos de ciudadano. En Atenas la duración del ostracismo era de diez años, pero el pueblo podía traer del destierro a los ciudadanos condenados cuando estimase que tenía necesidad de sus servicios.

« El ostracismo se pronunciaba, sobre todo contra aquellos cuya superioridad parecía amenazadora y cuya presencia en la ciudad se suponía que constituía un peligro para el gobierno democrático. Se votaba el ostracismo por medio de conchas de ostra, que se arrojaban en una urna, y de aquí proviene el nombre. Estas conchas se reemplazaban, a menudo, por un trozo de tierra cocida o por guijarros.

« En Siracusa se llamaba petalismo, porque la votación se hacía empleando hojas de olivo. »

El autor de « Platero y Yo », solitario, indiferente a la masa, a la muchedumbre, en desacuerdo también con la esclavitud impuesta por las espadas, es otro gran valor intelectual que no admite una España en sombras. Hombre raro y original, bastante más raro que los personajes que pinta Rubén Darío en su obra « Los Raros » — no comprendiendo la ausencia de Juan Ramón Jiménez en dicha obra —, se revela como gran cuentista en « El Zaratrán », narración de inefable ternura, y, como Miguel de Unamuno, siente una profunda nostalgia del paisaje español. Andalucía de profunda raigambre soleada y melódica, sube al Norte, como Antonio Machado, y escribe este maravilloso poema lírico, « Pirineos », claro, cristalino, antológico :

En la quietud de estos valles,
llenos de dulce añoranza,
tiemblan, bajo el cielo azul,
la esquilas de las vacas ;

se duerme el sol en la yerba,
y, en la ribera dorada,
sueñan los árboles verdes,
al ir lloroso del agua.

El pastor descansa, mudo,
sobre su larga cayada,
mirando al sol de la tarde
de primavera y las mansas.

vacas van, de prado a prado,
subiendo hacia la montaña,
al son lejano y dormido
de sus esquilas con lágrimas.

...Pastor, toca un aire viejo
y quejumbroso, en tu flauta ;
llora en estos grandes valles
de languidez y nostalgia ;

llora la yerba del suelo,
llora el diamante del agua,
llora el ensueño del sol
y los ocasos del alma.

por Alfonso CAMIN

Que todo, pastor, se inunde
con el llanto de tu flauta :
al otro lado del monte
están los campos de España.

nas si surgen el pato de vuelo corto y
el claro de luna.

Confieso que la primera impresión que tuve de Juan Ramón Jiménez, fué mala. Compré en Madrid, en una de las rinconadas de la calle de la Cruz, su libro « Laberinto », que está muy lejos de equipararse al que con el mismo nombre publicó Juan de Mena. El de Juan Ramón Jiménez lo encontré tan oscuro y vago, que más se acercaba al Laberinto mitológico de las viejas lecturas helénicas. Afortunadamente el joven poeta Martínez Corbalán, un astur-levantino y jovial, me quitó ese mal gusto, ese sabor a fruta verde y corrientona, pedregosa y casi silvestre, leyéndome a la luz de un farol y casi de amanecida, « Mañana de la Cruz » de Juan Ramón, en su obra « Baladas de Primavera » :



Juan Ramón Jiménez

Del mismo modo Juan Ramón Jiménez parte de lo pequeño, de lo mínimo a lo grande, a lo extraordinario y a lo fabuloso. Ahí, en ese pequeño Puerto de Palos o Palos de Moguer encontraréis todo el sentido del arte poético de Juan Ramón Jiménez. De una pequeña fuente nacen los grandes ríos. De los lagos de agua muerta ape-

Le pregunté: « ¿ Me dejas que te quiera ? »
Me respondió, radiante de pasión :
« Cuando florezca la cruz de primavera,
yo te querré con todo el corazón ».

Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...

« Ya floreció la cruz de primavera.
; Amor, la cruz, amor ya floreció ! »
Me respondió: « ¿ Tú quieres que te quiera ? »
; Y la mañana de luz me traspasó !

Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...

Alegren flauta y tambor nuestra bandera
la mariposa está aquí con la ilusión...
; Mi novia es la virgen de la era
y va a quererme con todo el corazón !

Esto ya era otra cosa : poesía más fuerte y viva. Envuelto en la luz meridional aquí el tambor resuena viril y más parece de fiesta norieña que de farándula de paso.

La cursilería ultramoderna de entonces recitaba de Juan Ramón Jiménez :

Amapolita, amapola
que estás abierta en el trigo.
Amapolita, amapola :
¿ te quieres casar conmigo ?

Y yo recordaba la canción popular de Méjico, bastante más antigua que estos versos de Juan Ramón :

Amapolita, amapola
de los llanos de Tepi :
si no estás enamorada,
enamórate de mí.

Más, sobre todo esto, Juan Ramón Jiménez tiene su poesía pura y su gran prosa de elevación, en cualquier párrafo de su libro « Platero y Yo », obra que hace época y que siempre será lectura grata y fresca para todos los niños y para todos los hombres que lleven en el corazón una estrella y en los ojos emocionados el agua limpia de una lágrima hecha sonrisa o una sonrisa que se diluya en rocío humano :

« Platero es pequeño, peludo, suave ; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros, cual dos escarabajos de cristal negro.

« Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestas y gualdas. Lo llamo dulcemente « ; Platero ! », y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal.

• Pasa a la pág. 4 •

EN ESTE NUMERO :

Nuestras entrevistas : Don Enrique Rioja, por Mariano Viñuales ; De la Vida y de la Muerte, por Isabel del Castillo ; Genealogía y embrujo de lo verde, por Julio de Huici ; El fantástico Bolonio, por Alfonso Vidal y Planas ; La dueña ideal, por J. Chicharro de León ; El maíz, su erigen y apertación a la civilización y al progreso, por Enrique Carniado ; Los judíos de Mallorca, por Rafael Valensi ; Cincuentenario de Antón Chejof, por Georges Fradier ; Des en uno, por Leopoldo Zea, y otros trabajos.

Un español en Manhattan

A ambición secreta de todas las actrices de cinema y teatro ha sido desempeñar el papel de Sadie Thompson, la magnífica heroína de « Rain » (« Lluvia ») de Somerset Maugham. Acaso la fascinación que dicho papel ejerce sobre todas ellas tiene sus raíces en el secreto anhelo de las mujeres « buenas » de jugar a parecer mujeres « malas », como a las mujeres « alegres » les encanta ser tratadas, aunque sea de mentirijillas, como a damas. Desde que, en 1920, apareció el famoso cuento de Somerset Maugham en la revista « The Smart Set », una angosta y decadente revista de gente « literata » y excesivamente refinada, toda actriz con pretensiones de « vedette » trágica ha venido ensoñando con salir vestida de falda ceñida, con tacones altos, una jaula con un loro en una mano y un parasol en la otra, ondulando las caderas, y hablando a los hombres que la rodean con ojos que dicen más que las palabras. La vida triste de la alegre Sadie Thompson, una mujer perdida en los mares del sur, a quien cuesta más hallar su rumbo que a un barco perdido entre nieblas, es todavía una luz que, como la de una bujía, atrae a las mariposas de Hollywood, aun sabiendo que pueden quemarse las alas en tan peligrosa candela.

por Félix Martí Ibáñez

Rita Hayworth ha sucedido en la dinastía de las Sadie Thompson a Jeanne Eagle, que hizo una creación en 1922; a Gloria Swanson, que la repitió en 1928, y a Joan Crawford, que la sucedió en 1932. Esta vez, el escenario no es Pago Pago, sino un islote del Pacífico aún invadido de soldados de infantería de marina norteamericana, y el misionero que primero crucifica y finalmente acaba por seducir a Sadie Thompson, para luego pagar su culpa suicidándose, es simplemente un acaudalado plantador.

La película tiene demasiado sol, pues el director casi ha eliminado la lluvia, reemplazándola por un sol radiante, despojando así al film, de lo que era su más impresionante telón de fondo y cuenta con una interpretación de José Ferrer — fanático plantador metido a misionero — excesivamente rígida y acartonada. La actuación de Rita Hayworth no tiene otro mérito que el de sus danzas que parecen empeñadas en hacer el trópico más tropical todavía, lo que concuerda muy mal con la personalidad de « chica buena » que le han querido dar en esta película. Pero después de ver bailar a la ex-princesa Rita y estudiar las señales de su semáforo pélvico, intentar convencer de que esta diablesa, que goza encendiendo la sangre de los soldados hambrientos de jerga, es una chica angelical e inocente, es como querer persuadir al público de que el Kinsey Report es el libro de texto ideal para un convento de ursulinas. La fotografía en technicolor es bella a ratos, especialmente en los interiores esfumados por cortinas de humo, que recuerdan los inolvidables de *Moulin Rouge*, pero al ser la película en tres dimensiones, sin duda para demostrar mejor todos los perfiles del arte de la divina Rita, nos fatiga los ojos sin llegar a alegrarnos el corazón.

Entre Sadie Thompson y *Julio César*, que comparten los honores de los éxitos actuales en Broadway, figuran infinidad de pelliculejas de cuyo nombre no quiero acordarme. Un cinema de Times Square ha revivido la era de los *gangsters*, la época fabulosa de 1920, en la *reprise* de *Little Cesar* (*El pequeño César*) y *Public Enemy* (*El enemigo público*), un programa de casi cuatro horas, acrobático de tiros como un queso Gruyere lo está de agujeros. En la primera de dichas películas, Edward G. Robinson creó el tipo de *gangster* salido de la nada y retornando a la misma tras una breve carrera meteórica, que luego le haría famoso. Con él vemos a Douglas Fairbanks Junior, tan apuesto y audaz como lo era su padre en sus buenos tiempos, y a Glenda Farrell, cuando aun se la consideraba a una niña bonita del cine. La película es un documento gráfico de la brutalidad, el cinismo y la audacia que caracterizaron la vida de los cesares del bajo mundo, en la época en la que un decreto prohibiendo la venta de alcohol originó aquí una guerra sin cuartel entre pandillas rivales.

En *The Public Enemy*, un James Cagney, jovencito y ya arrogante y pendenciero como un gallo de pelea, aparece junto a Joan Blondell, cuando aun dicha artista era esbelta y de ojos lánguidos de gacela, y a la espléndida Jean Harlow, la primera de las rubias platino, cuyo porte regio y ritmo ondulante de imperial seductora no han sido jamás superados ni aun por Marilyn Monroe, que es quien más se le aproxima. En esta película también asistimos al es-

pectáculo desmoralizante de una nación sometida al imperio de los *gangsters* en luchas sangrientas intestinas en las que jamás intervenía la policía, que estaba al sueldo de los combatientes. James Cagney asciende como un cohete y cae también como el mismo, ya consumido su fuego y convertido en una cafita chamuscada que va a parar al fango, con una oscuridad interna que contrasta con el brillo pasajero de su trayectoria.

En el otro polo de la elipse de Broadway, *Julio César*, de Shakespeare, despliega la mágica pirotecnia de su oratoria. Es una película de alta y noble calidad. Louis Calhern hace de César, un dictador ya en plena y precoz senectud, torturado por el conflicto entre sus inconfesados temores y sus ambiciones de mando. Junto a él, James Mason es un Bruto reflexivo y sombrío, que tiene mucho de Hamlet en la eterna inquietud de sus dudas. Su fuerza instigadora es Casio, interpretado por John Gielgud, un actor inglés, a quien vi hace tiempo en persona en una obra de Christopher Fry, el moderno Shakespeare, y que es una figura atormentada como el doncel de un retablo medieval. Edmond O'Brien, es un espléndido Casca, una de las más realistas figuras de la obra, honesto en

sus atroces vacilaciones. Marlon Brando, que se distinguió en *Un Tranvía llamado Deseo*, hace de Marco Antonio, y, a mi juicio, con su acento arrabalero y su extraño porte de fugitivo vesánico, en la peor caracterización de la obra. Junto a esos, otros veinte actores distinguidos interpretan papeles secundarios; y dos mujeres, Greer Garson en su papel de Calpurnia, y Deborah Kerr como Porcia, desfilan brevemente como dos dulces siluetas, que nos recuerdan que junto al bronce y la yesca de los hombres de metal y de fuego, había mujeres de alma enamorada y blando corazón palpitante de ternuras.

El director de *Julio César*, Joseph Mankiewicz, ha construido una película deliberadamente lenta y majestuosa, que apenas si se anima en dos momentos: el de la muerte de César a manos de sus amigos convertidos en conspiradores y el de la batalla entre las huestes de Marco Antonio y las de Casio y Bruto, modelo de técnica cinematográfica. El resto de la obra se desliza en pórticos y atrios, columnatas y terrazas, en plazuelas azotadas de tempestades y en las escalinatas de templos y de circos, con sólo un actor o dos hablando, y el resto de la muchedumbre convertido en coro que musita a sus espaldas, como las ocultas voces de la subconsciencia. Como de costumbre, Shakespeare acaba sembrando el escenario de cadáveres ensangrentados y, como tantas otras veces, hace surgir el duende de una de las víctimas. Caso curioso el de este alegre y sensual poeta vagabundo, que no era feliz sino sembrando sus obras de muertos como siembra de rosas su huerto el jardinero. Ni aun el excesivo charolado que Hollywood da a sus obras, que les hace perder la robustez que concedió Laurence Olivier a su *Henri V* y *Hamlet*, puede despojar a esta película del viril son de las voces de estos romanos que en el fondo eran — como lo fué Hamlet — hombres del siglo XX que ya vivían torturados por neurosis y conflictos, y que para resolverlos no sabían sino recurrir a la violencia de sus espadas y sus venenos. Pero, con todas sus faltas, es un alivio para el sentido estético, el divino sexto sentido del hombre. Dejar de escuchar el taconeo de Sadie Thompson sobre las tablas de los tugurios de un islote de la Polinesia, para oír resonar las sandalias de los nobles romanos sobre los suelos de mármol de sus palacios.

XAVIER CUGAT

El catalán Xavier Cugat, que es hoy uno de los directores de orquesta más famosos del mundo, ha actuado últimamente — con clamoroso éxito — en el escenario parisiense de la Alhambra.

La guerra civil, tan ingrata para la inmensa mayoría de los españoles, ofreció a Cugat la ocasión de triunfar en su carrera artística y hacerse una fortuna incalculable. Instalado en América y casado con la cancionista Abbe Lane, se ha hecho una figura mimada por la crítica y solicitada por las mayores empresas de espectáculos. Una de éstas le ha organizado su « tournée » por Europa, en la que se incluye, naturalmente, la visita a España.

Se comprende, pues, que Cugat, en la apoteosis del triunfo, olvide un tanto las con-



Xavier Cugat durante un ensayo.

sideraciones morales. No es, a pesar del paisanaje, de la madera de Casals, el maestro insigne que, consecuente en su conducta, no sólo mantiene la condición de desterrado y rehusa todo ofrecimiento de actuación en España, sino que, por dignidad, ha rechazado contratos ventajosos en los países cuyos gobiernos sostienen a Franco.

Xavier Cugat sigue otro camino. Por eso, al preguntarle en Norteamérica si pensaba actuar en España, limitóse a decir que, como EE. UU. habían decidido entregar a España varios millones de dólares, él iría a recuperar un poco.

Buen provecho le haga.

CORREO DE MONTEVIDEO

La inauguración de ALFA-LIBROS

por CRISTOBAL D. OTERO

¡ALLEGREMONOS! Comienza sus actividades ALFA LIBROS. Y las comienza bajo buenos auspicios, pues da entrada al espíritu que animó « Resalto » y puso en manos de mil ignorantes sabias páginas de « El Gran Parto ». Indudablemente Benito Milla sabe lo que hace. Buena prueba de ello es esta forma de inauguración (que por cierto no ha organizado él...) sin clientes más que para el negocio del espíritu, la garufa animada a base de pan con salame y el alma de la fraternidad que tan bien ensambla la eficaz colaboración de Fina. Hay que estar contentos, claro. Por ellos, por nosotros y por el ambiente librero uruguayo que tendrá oportunidad de retomar valores morales ha tanto tiempo abandonados.

Aquí cerca — a poco más de media «cuadra» — vivió el Café « Polo-Bamba » — « cenáculo de actitud anarquista », según calificación del común amigo Emir Rodríguez Monegal — que hizo célebre D. Severino San Román, pomposamente llamado « Emperador de los Cafeteros », por la unanimidad de parroquianos pregonadores del regicidio. Emperador el más justo porque no imperaba. Más bien se mezclaba a la grey de poetas y poetastros. Oía composiciones y leía las suyas dentro del frac que por entonces era característico de todo comerciante con elemental autoestimación. Luego llamaba al garçon para que pusiese sobre las mesas « lo que quieran beber a mi salud », a la salud del Emperador, allí donde lo eran todos según el estilo de cada uno.

Por « Alfa Libros » pasará — remozado — el espíritu de aquel grupo que por integrar la flor de la bohemia romántico-revolucionaria, desafiaba a curas, burgueses y policías. Señaladamente, los días de fiesta patria, con irreverencias en verso o de hecho; apretando el sombrero contra las orejas, por ejemplo, mientras se ejecutaba el himno nacional...

¿ Qué importa que ya no estén Leoncio Lasso de la Vega, Roberto de las Carreras, Julio Herrera y Reissig y otros

que llegaban de diversos cenáculos a summar los respectivos fuegos revolucionarios. Queda Angel Falco todavía, con sus más de cien libros inéditos y sus renovadas burlas a la cáfila de gobernantes sin más prisa que la de llegar primero al país de las rapiñas; ni más vergüenza que la indispensable para no desnudarse en la Plaza Independencia o no pecar contra el sexto mandamiento en las mismas narices de La Libertad con escalones que no es costumbre utilizar...

El Parnaso no ha perdido su representación. Ucar, Muñoz, Carmona, el mismo Benito — San Román Moderno de la novísima « Alfa Libros » — sabrá arrodillar a Pegaso ante el caracterizado vecino espiritual de « Polo-Bamba ». También él leerá sus composiciones, no importa si falto de frac, galera y zapatos de charol.

¡ Nos tenemos que alegrar, sí señor ! Esta tiene que ser la casa donde cada uno de nosotros renazca un poco todos los días: poesía nueva, prosa de ahora y de siempre, crítica atrevida y despiadada, chisme rompedor de cuanto cosa se haga por ahí sin respeto para la fantasía que partea la creación, avanzar del Hombre hacia su destino mejor. Todo ello presionando a Fina en la facturación del café si no quiere perder la alta

clientela que en este comienzo de « Alfa Libros » está honrando la bodega de las letras y el salame con pan y vino. Bastante más y bastante mejor que lo del cáliz y la hostia después de la consagración...

No hay duda que la futura gran Alfa Eficlones comienza bajo buenos auspicios y advocaciones. ¿ Qué dios la habrá traído para tan cerca del que fué « Polo-Bamba » ? No importa cuál. Importa comprobar, esto sí, que fué un dios inteligente. Lo evidencia de modo incuestionable la magnífica clientela que esta noche memorable rodea y honra a Benito Milla y Pegásides...

¡ Ah ! Es necesario decir todavía : Este Alfa no debe tener el Omega de su ilustre exvecino que una noche, desde encima de una mesa — especialmente cepillado el frac — dijo más o menos, este discurso :

« Amigos, voy a decir una cosa triste. Se acabó el café con leche sin cargo para los bohemios carentes de recursos; y se acabó la lectura de poemas bajo este techo. Ya no se volverá a hablar aquí de renovación artística ni de revolución social. Esta, compañeros, es la última noche de « Polo-Bamba ». Porque estos condenados acreedores no entienden nada de poesía; prefieren chapotear en la monstruosa sociedad burguesa que los engendró y los engorda... »

¡ Quiá ! Esto no podrá ocurrir; ¡ Jamás ! ¡ Jamás ! ¡ Jamás !

Nosotros debemos pagar los libros que llevemos; ¡ sí señor ! Porque es necesario mantener estos Chorrizos Party con vino marca Muñoz, tan útiles al crecimiento artístico que empuja sin descanso el andar perfecto del mundo.

¡ Nadie debe llevar — sépase esto bien — los libros escondidos debajo de la capota !

Por « Alfa Libros ». ¡ Arriba las copas y los espíritus !

Antonio Machado



A Puyol, amigo admirable y admirable escritor ;
a Puyol y a sus amigos de la « brasserie » de Orán.



— Sí, don Antonio: todo está perdido.

El poeta me miraba — el ocaso ponía una chispa de luz en el cristal de sus gafas — y decía :

— Hay que saber perder.

Fué aquella la última vez que le vi a don Antonio Machado; la última vez que charlé con él; la última vez que estreché — con una honda emoción — su mano hidalga, que supo crear el bien y la belleza. ¿ Presentía tal vez que no volvería a verle nunca más ? ¿ Me despedía de él ?

No; no me despedía de él. Se ha incorporado a mi vida — y a la tuya y a la de todos los españoles que, lejos de España, llevamos a España en el corazón — se ha incorporado al mundo de mis fantasmas, al de tus fantasmas, mundo sin extradiciones. Está conmigo, contigo, con su pueblo. Y únicamente con su pueblo volverá a España. No importa que se lleven sus despojos, sus cenizas, los saltatumbas; no importa que en Segovia profanen los saltimbanquis la casa en que vivió.

Al seguirnos al destierro, al morir en el destierro para nacer a la más alta vida: la de la inmortalidad, nos dió su alma. Y nadie nos la podrá arrebatarnos.

EL mundo de mis fantasmas, de mis días idos — el humo dormido de que hablara Gabriel Miró — resucitan hoy un hombre y unos paisajes.

Era una casa, una « torre » en las cercanías del Tibidabo, en un barrio silencioso, elegante, habitado por burgueses de alma pacata y mezquina « que no se metían en nada », que procuraban el triunfo del ejército franquista — o sea: las hordas de moros, italianos y alemanes — porque creían con ingenuidad pasmosa que con el triunfo del ejército franquista retornarían la vida fácil y amable de antaño y los pingües negocios de antaño.

En el barrio abundaban los jardines: jardines del Ochocientos, un tanto sombríos, un tanto melancólicos, con tapias comidas por el musgo y coronadas por los jazmines, los rosales, las madreselvas. A veces por encima la tapia emergían unas mimosas de hojas pequeñas, agudas, grisáceas; unas magnolias de grandes hojas charoladas; las cogullas de unos cipreses, de un verde sombrío, que con el postre rayo de sol de la tarde ardían, en sus copas, como cirios; unas araucarias orgullosas de su pomposo miriñaque verde.

Cansado — circulaban pocos tramvías: la guerra — llamaba a la puerta de la casa, pasaba a una salita en penumbra. Había en la salita unos muebles de buen gusto, unos cuadros de buen gusto, una puerta vidriera que se abría al jardín, unos libros. No muchos: el hombre que habitaba aquella casa eventualmente en Barcelona tuvo que abandonar mucho más, durante el éxodo, en su casa de Segovia, en su casa de Madrid. ¿ Qué pena tener que abandonar los libros !

Recuerdo: iba mediada la tarde, una fría tarde de noviembre del 38. En el jardín, con el viento y las lluvias de otoño — el invierno iba a ser malo —, las hojas amarilleaban, caían, se pudrían en el fango. Vivía en aquella casa un poeta, un gran poeta. Antes de regresar al frente yo quería verle — ¿ presentía tal vez que no volvería a verle nunca más ? —, charlar con él.

Mientras aguardaba, cogí un libro. El libro, editado por Calpe en su « Colección Universal », se titulaba *Galerías, Soledades y otros poemas*. Leí, al azar:

Y algo, que es tierra en nuestra carne, sientete la humedad del jardín como un halago...

¿ Ay del noble peregrino que se para a meditar, después de largo camino, en el horror de llegar !...

Pregunté a la tarde de abril que moría: ¿ Al fin la alegría se acerca a mi casa ? La tarde de abril sonrió: la alegría pasó por tu puerta — y luego, sombría: Pasó por tu puerta. Dos veces no pasa.

...de cuantos caen de la luna, de cuantos se van a ella !

Dejé el libro. En la estancia reinaba un grave, un denso, un frío silencio. Y entraba en ella, andando lentamente, arrastrando los pies, don Antonio Machado.

Don Antonio Machado estaba flaco, macilento. Tenía el rostro descarnado, amarillento, anguloso. Estaba casi calvo. Usaba gafas, unas gafas que le comían la faz, chupada, marchita. La boca, su boca de sensitivo, de hombre bueno, se quebraba en una pálida, en una tierna, en una dolorosa sonrisa. Había enflaquecido mucho. Había envejecido mucho.

Mudo, absorto, le contemplé con honda pena. Don Antonio sonreía tristemente.

Don Antonio Machado no es, oficialmente — empleo el presente y no el pretérito porque los grandes artistas nunca mueren, pues su obra, que es su verdadera vida, la que verdaderamente cuenta, es inmortal —, un poeta civil como lo fueron Dante, Hugo, Guerra Junqueiro, Carducci. En Machado hay el poeta del amor caballeresco, nacido en las Cortes de Amor de la Provenza — alba precursora del Renacimiento en la Edad Media — pero hay también en él, como en el Florentino, acentos viriles de poeta civil. Machado es, sin duda alguna, el más grande de los poetas españoles de nuestra época, el que ha cantado a Castilla más acendradamente, con ternura entrañable, con austeridad y sobriedad magníficas:

Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

por **Luis CAPDEVILA**

la madre en otro tiempo fecunda en capitanes, madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.

Castilla varonil, adusta tierra, Castilla del desdén contra la suerte, Castilla del dolor y de la guerra, tierra inmortal, Castilla de la muerte.

Fiel siempre a su alto deber. Fiel a su España. Fiel a la dignidad y a la libertad de su pueblo, de su España. Fiel a la infinita bondad de su corazón, que, como Jesús, llevaba en mitad del pecho. ¿ Querido, admirado don Antonio Machado !

Recordaba, mirándole, unos versos suyos:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina, pero mi verso brota de manantial sereno; y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina, soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Don Antonio Machado, con su voz grave, mate, me preguntaba tristemente:

— ¿ No cree usted que todo está perdido ?

Contestaba, tristemente:

PARA UN TRATADILLO SOBRE LA COMA

« Il suffit du déplacement d'une virgule pour dénaturer le sens de ma pensée. »

Michelet.



En general, a los españoles que estudian gramática con algún ahínco se les enseña que, salvo contados casos, la coma se debe emplear para separar las oraciones o las frases que, aun desprovistas de verbo, tienen valor oracional. En principio, el sistema es el menos malo, ya que, por el hecho mismo de la mecánica del lenguaje, la coma empleada de este modo se convierte automáticamente en signo de las pausas de la lectura: por fortuna en este caso, la mayoría de las pausas que hacemos cuando hablamos corresponden a las separaciones de los verbos con sus atributos y complementos (cuando los tienen, caso éste el más ordinario). Desgraciadamente, este sistema de puntuar tiene el inconveniente de que no puede ser practicado en su máxima extensión posible más que cuando el que escribe conoce el análisis, cosa la menos frecuente; todos sabemos que, incluso buena parte de los universitarios se vería en gran apuro si debiera pasar un examen de puntuación, y el caso del médico que no sabe redactar una receta un poco complicada y el del ingeniero que escribe sus proyectos en galimatías son frequentísimos.

por «EL LEGO DE CLUNY»

Por otra parte, en materia de puntuación, mucha gente se guía por la regla que consiste en marcar por signos las pausas reales de la conversación. El sistema no sería del todo malo (y el que lo emplea no tiene otro), si el lenguaje, como cosa de inspiración y facundia, no fuese cosa arbitraria e irregular, sin contar que, aun en períodos idénticos hablados o pensados por diferentes personas, éstas no coincidirán totalmente en las pausas hechas o imaginadas. Si este sistema lo es de socorro, no puede ser erigido como principio. Que siga, pues, utilizándolo quien no puede ir practicando el análisis gramatical a medida que va escribiendo.

Hay un tercer grupo formado por gentes que, sin tener una consciencia exacta del análisis gramatical a lo largo de la composición escrita, tienen una idea vaga sobre la buena puntuación, o tienen el « sentido » de la puntuación — porque hay un sentido —, o, lo que es muy importante, quieren puntuar bien, por aquello de que « lo bien hecho bien parece ». Este grupo, el más numeroso y quizá el más interesante desde

el punto de vista que comentamos, da el carácter medio al lenguaje escrito, razón para que lo tomemos preferentemente en consideración y para que a él nos dirijamos en esta ocasión. Recordemos aún que, en Francia, este grupo está constituido en gran parte por los escolares que trabajan nuestra lengua.

Dejando a un lado las razones, demasiado rígidas, de los que defienden la puntuación analítica, considerando la necesidad en que la mayoría se encuentra de puntuar al buen tuntún, como buenamente le salga, nosotros nos inclinamos hacia un sistema mixto que funda ambas maneras de puntuar, solución que nos parece la mejor, porque con ella se respeta ante todo la severa puntuación española, se acepta que el ignorante de análisis gramatical, al marcar con signos las pausas del hablar, practique por aproximación la puntuación tradicional de la buena escuela, y se reconoce que, en lo que atañe a la representación verbal (y en general en cosas del lenguaje, más aún que en otras materias, conviene no propugnar métodos

absolutos; en concreto: hay casos en que el gramático más conspicuo será incapaz de razonar ya sea la puesta de una coma, ya sea su supresión. ¿ Cómo, pues, dar reglas definitivas ?

Digamos de pasada, y antes de estudiar unos cuantos ejemplos, que es un hecho fácil de comprobar que la puntuación es tanto más simple de efectuar cuanto mejor lógica hay en la frase. Una frase con la idea central violentada, o cortada por demasiados incisos, o demasiado hiperbatónica — valga la expresión —, sobre que resulta una charada, es casi siempre imposible de puntuar de manera conveniente. La buena lógica se da la mano con la espontaneidad discursiva; y es preferible pensar de nuevo el tema de una frase que nos saliera coja en el primer intento de expresión, que obstinarse en imponerla quizá por pereza o por no querer sacrificar una idea adventicia, una de esas ideas secundarias que no parecen tener otra misión que la de halagar nuestro gusto por lo exuberante y estropear las frases dificultando su curso más directo; o por simpatía por un giro « que nos suena bien ». La claridad no debe ser jamás sacrificada. Pero... dejemos esta derivación, ya que no es nuestro intento hablar de estilo.

A aquéllos que se obstinan en defender a ultranza la puntuación exclusivamente culta, la de los sabihondos en gramática, les diremos que, si nosotros, que tenemos la misma debilidad, aceptamos la puntuación de las inflexiones vocales al lado de la analítica, es porque creemos ser de peso la razón de que la puntuación sirve sobre todo al que lee y, por mediación de éste, al que escucha la lectura (en los casos de lector y oyente); uno y otro están de lleno en lo práctico y no tiene por qué ir analizando a medida que leen, ni acaso lo sabrían hacer.

Pasemos ya a exponer algunos de los casos concretos que hemos creído conveniente recoger y comentar, a causa de su mayor importancia, y no nos dejemos rodar por esa pendiente de las discusiones gramaticales, discusiones que son casi siempre puro escarceo metafísico. Y aceptamos que es necesario metodizar en lo posible el uso de los signos de

● Pasa a la página 7 ●

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

• Viene de la primera página •

« Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas, mandarinas, las uvas moscateles, todas de ambar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel... »

« Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña..., pero fuerte y seco por dentro, como una piedra. Cuando paseo sobre él los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despañosos, se quedan mirándolo: »

« — Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo. »

« Entrando en la dehesa de los caballos, Platero ha comenzado a cojear. Me he echado al suelo... »

« Pero, hombre, ¿qué te pasa? »
« Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada, mostrando la ranilla sin fuerza y sin peso, sin tocar con el casco la arena ardiente del camino. »

« Con la solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una púa, larga y verde, de naranja sano, está clavada en ella como un redondo puñalito de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he retirado la púa y me lo he llevado al pobre al aroyo de los lirios amarillos, para que el agua corriente le lama, con su larga lengua pura, la heridilla. »

« Después hemos seguido hacia la mar blanca, yo delante, él detrás, cojeando todavía y dándome suaves topadas en la espalda. »

« Era la comida de los niños. Soñaba la lámpara su rosada lumbre tibia sobre el mantel de nieve, y los geranios rojos y las pintadas manzanas coloreaban de una áspera alegría fuerte aquel sencillo idilio de caras inocentes. Las niñas comían como mujeres, los niños discutían como algunos hombres. Al fondo, dando el pecho blanco al pequeñuelo, la madre joven, rubia y bella, los miraba sonriendo. Por la ventana del jardín, la clara noche de estrellas temblaba, dura y fría. »

« De pronto, Blanca huyó, como un débil rayo, a los brazos de la madre. Hubo un súbito silencio, y luego, en un estrépito de sillas caídas, todos corrieron tras ella, con un raudal alborotar, mirando espantados a la ventana. »

« El tonto de Platero! Puesta en el cristal su cabezota blanca, agigantada por la sombra, los cristales y el miedo, contemplaba quieto y triste, el dulce comedor encendido. »

« La chiquilla del carbonero, bonita y sucia cual una moneda, bruñidos los negros ojos y reventando sangre los labios prietos entre la tizne, está a la puerta de la choza, sentada en una teja, durmiendo al hermanito. »

« Vibra la hora de mayo, ardiente y clara como un sol por dentro. En la paz brillante, se oye el hervor de la olla que cuece en el campo, la brama de la dehesa de los caballos, la alegría del viento del mar en la maraña de los eucaliptos. »

« Sentida y dulce, la carbonera canta: »

Mi niño se va a dormir
en gracia de la pajtoraaa...

« Pausa. El viento en las copas... »

...y por dormirse mi niñoo,
se duerme la arrulladoraaa.

« El viento... Platero, que anda manso, entre los pinos quemados, se llega, poco a poco... Luego se echa en la tierra fosca y la larga copla de madre, se adormilla, igual que un niño. »

Respecto a su evolución constante hasta hallar con su norma poética, escribe Federico Carlos Sáinz de Robles, exaltado panegirista del poeta de Moguer: « Con Juan Ramón Jiménez alcanzamos la cumbre de la poesía castellana contemporánea. Juan Ramón inicia el postmodernismo que se opone a Rubén Darío. Juan Ramón llega, tendiendo un puente maravilloso de luces, colores y notas por encima de los movimientos subversivos entre 1919 y 1927, a la poesía actual. Juan Ramón domina un período poético mucho más amplio — en España, ¿eh? — que el dominado por Darío. Todos los valores, todos los efectos de que se enorgullece y goza la actual poesía castellana le han llegado a través de Juan Ramón, comprobados por Juan Ramón, puestos en circulación por Juan Ramón. Hasta cuando los actuales poetas intentan volver a Garcilaso, a Herrera, a Quevedo, a Góngora, a Figueroa, no saben intentarlo sino moviéndose en el clima poético a que los llevó dulcemente Juan Ramón. »

Y agrega con el mismo fervor incondicional: « En toda la obra de Juan Ramón está filtrada y patentísima — tono, refinamiento y manera — la influencia de su

tierra de Andalucía la Baja, que, siendo explosiva de luminosidad, penetrante de sensualidad, efervescente de ingenio, es, sin embargo, íntima y melancólica de musicalidad, personalísima y recóndita de gracia pura. »

« En la extensísima obra de Juan Ramón — más de cuarenta títulos — pueden distinguirse dos épocas bien distintas entre sí, aun cuando sea la segunda lógica consecuencia de la primera, depurada y superada. De 1898 a 1916, una; otra, de 1916 a 1936. En la primera época, sobrio, señorial, exquisito, esencial, inimitable ya, el « andaluz universal », como le llamó Rodó, pueden señalarse — por señalarse más que por decidirse uno a proclamar que no las tuvo — influencias de Bécquer, de Góngora, de Verlaine, de Heine, de Shelley, de Rimbaud, de Rubén Darío... Pero... ¿qué rápidamente, qué meritoriamente se zafó Juan Ramón de tales reminiscencias! »

« Cuando más estrepitosa era en España la resonancia rubeniana, cuando todos los poetas españoles se miraban obsesos en el espejo iluminado, radiante, del cisne de Nicaragua, Juan Ramón, olímpico de serenidad, sordo voluntario a los cantos de la sirena fácil, se adentró por su camino riguroso, misterioso, de infinitas sugerencias apenas susurradas. Cuando allá, al otro lado de él, todo era la algarabía de las sonoridades retumbantes, la magnificencia de los metros largos, el colorido turbador de las imágenes audaces, la sustitución alegre de los sentimientos por las sensaciones, Juan Ramón Jiménez exalta su mundo interior, refugia las esencias de su reconcentrado amor por la belleza en las formas sencillas y tradicionales del octosílabo y el romance, entrega únicamente la imagen natural, limpia y sencilla, a una música inefable de piano escuchando de lejos y tocado más a roce que a tacto. Por lo que sea, porque no lo mira, o porque puede mirarlo sin cegar, Juan Ramón no queda deslumbrado por el sol del modernismo; es más: es el primer heterodoxo de la escuela rubeniana. »

No está en querer desnudarse de la retórica, si no en saber desnudarse, pues muchos de los que siguen a Juan Ramón Jiménez son bastante más retóricos que el propio Rubén Darío. Juan Ramón Jiménez es casi el único que alcanza esta virtud o este defecto, pues que también el afán de querer recogerse en sí mismo acorta el vuelo de la inspiración, recorta el horizonte y puede suceder con esa clase de poesía como con las mujeres bellas que no comen por adelgazar y acaban por morir de extenuación o de tuberculosis aguda. Sin « desnudarse » del todo, ni mucho menos, logra Juan Ramón Jiménez este encanto de poesía que lleva por nombre « Verde verderol »:

Verde verderol,
; endulza la puesta del sol!
Palacio de encanto,
el pinar tardío
arrulla con llanto
la huída del río.
Allí el nido umbrío
tiene el verderol.

Verde verderol,
; endulza la puesta del sol!
La última brisa
es suspiradora;
el sol rojo irisa
al pino que llora.
; Vaga y lenta hora
nuestra, verderol!

Verde verderol,
; endulza la puesta del sol!
Soledad y calma,
silencio y grandeza.
La choza del alma
se recoge y reza.
De pronto, ; oh, belleza!
canta el verderol.

Verde verderol,
; endulza la puesta del sol -
su canto enajena.
— ¿ Se ha parado el viento? —
El campo se llena
de su sentimiento.
Malva es el lamento,
verde el verderol.
Verde verderol,
; endulza la puesta del sol!

Por cierto que esta obsesión por lo verde que, refiriéndose al trigo ya logra felices momentos en el romance clásico español, tiene bastante similitud con « Verde que te quiero verde! », de Federico García Lorca. Suponemos que este « verde verderol » de Juan Ramón Jiménez es muy anterior al de García Lorca, ya que el poeta de Moguer es famoso y barbado en negro cuando Lorca triunfa con su « Romance Gitano ».

La seriedad y hasta la sequedad personal de Juan Ramón Jiménez no es de naturaleza, sino de haber estudiado con los jesuitas y con los frailes durante los primeros años de la niñez, y no hay quien pueda quitarse de encima esa galladura de espolón de acero frío y, a veces, en realidad o en apariencia, como sucede con Juan Ramón Jiménez, falta de fondo humano. Es la misma galladura que encontraréis en Manuel Azaña, en Ramón Pérez de Ayala, en Luis Astrana Marín. Estudia Juan Ramón Jiménez con los padres jesuitas en la Universidad de Sevilla. Su juventud fué incolora y como queriendo huir de la propia personalidad que iba dentro de sí. Con tal carácter cerrado y espíritu recóndito llega a la pubertad, hasta que en 1916 contrae matrimonio con Zenobia Camprubí, española educada en Nueva York y en las universidades de Norteamérica. Esta mujer, cultísima y refinada, podrá influir o no en la nueva poesía de Juan Ramón Jiménez. Pero de ahí arrancan su raíz y su nuevo camino. La señora Camprubí de Jiménez es la traductora de Rabindranath Tagore. Y a partir de este tiempo el soplo lírico, áureo y casi celeste, de Rabindranath Tagore será como un geniecillo volador, como una brisa fresca, grata y armónica que va y viene, aquí convertida en fuente y allá convertida en ala, por la poesía de Juan Ramón Jiménez.

Por esta época de bodas públicas « Eternidades » y el « Diario de un poeta recién casado ». Juan Ramón Jiménez se aprieta en sí mismo, se recoge en la forma, cala y se arremansa en el fondo lírico. Pero mucho antes ha publicado « Rimas » — 1902 —, « Arias Tristes » — 1903 —, « Jardines lejanos » — 1904 —, « Elegías » — 1908 y 1909 —; « Olvidanzas » en 1909 y « Baladas de Primavera » en 1910. Por este tiempo también publica « La Soledad Sonora », « Pastorales », « Poemas Mágicos y Dolientes », « Melancolía », « Sonetos Espirituales », « Estío » y « Laberinto ».

La poesía de Juan Ramón Jiménez, según diversos críticos y admiradores, se divide en tres épocas: la primera, que sufre la transformación al familiarizarse con Rabindranath Tagore y con los gustos literarios de su mujer; la segunda, cuyas aguas se dividen en distintos cauces y en desiguales corrientes, y la tercera, que graná de 1932 a 1935 y que el poeta titula « Canción ». Ha huído, según él, del modernismo y ha encontrado la fuente lírica que tanto buscaba:

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño.
Luego se fué vistiendo
de no sé qué ropajes;
y la fuí odiando, sin saberlo.
Llegó a ser una reina
fastuosa de tesoros...
; Qué iracundia de miel y sin sentido!
...Mas se fué desnudando,
y yo la sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica
y apareció desnuda toda.
; Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

Repasando la obra completa de Juan Ramón Jiménez, resulta bella y prolongada, siempre sobre el mismo tema lírico; pero, a la postre, monótona. Da la impresión de una primavera feliz en el llano florido. Es, si se quiere, la primavera del campo en las cuatro estaciones. De ahí que, a pesar de que este poeta andaluz sea un eterno viajero por el mundo y los libros, carezca del paisaje diverso. De la desigualdad de las montañas, llanuras y altiplanicies, sale lo más excelso del paisaje. « El Pegaso da saltos », ha dicho Rubén Darío en sus armoniosos alejandrinos al poeta Santos Chocano. Juan Ramón Jiménez carece de esta inquietud de abismo y de cumbre. Se embriaga de campiña, de su campiña, y ya no hace más que ir cantando las flores, el oro, el rosa, el azul, el blanco del jazmín y el nácar de la luna. Cuesta mucho trabajo señalar en él una poesía que descuella sobre la otra. Por eso, y no obstante que los periódicos y las antologías reproducen versos y versos de Juan Ramón Jiménez, es muy poco lo que se queda en uno, si no aquello que es una brisa leve, un perfume grato, una luz, una sonrisa que se van. Antes señalamos la « Mañana de la Cruz » que resalta y se aparta de la poesía común de Juan Ramón Jiménez. A esos momentos felices pertenece el quinto poema de sus « Pastorales »:

Ya están ahí las carretas...
— Lo han dicho el pinar y el viento,
lo ha dicho la luna de oro,
lo han dicho el humo y el eco... —
Son las carretas que pasan
estas tardes, al sol puesto;
las carretas que se llevan
del monte los troncos muertos.

; Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

Los bueyes vienen soñando,
a la luz de los luceros,
en el establo caliente,
que sabe a madre y a heno.
Y detrás de las carretas,
caminan los carreteros,
con la ajada sobre el hombro
y los ojos sobre el cielo.

; Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

En la paz del campo van
dejando los troncos muertos
un olor fresco y honrado
a corazón descubierto.
Y cae el Angelus desde
la torre del pueblo viejo,
sobre los campos talados,
que huelen a cementerio.

; Cómo lloran las carretas,
camino de Pueblo Nuevo!

Lo mismo en el canto nuevo de las
propias « Pastorales »:

; Granados en cielo azul!
; Calle de los marineros,
qué verdes están tus árboles,
qué alegre tienes el cielo!

; Viento ilusorio de mar!
; Calle de los marineros
— ojo gris, mechón de oro,
rostro florido y moreno! —

La mujer canta a la puerta:
« ; Vida de los marineros;
el hombre siempre en el mar,
y el corazón en el viento! »

— ; Virgen del Carmen, que estén
siempre en tus manos los remos;
que bajo tus ojos sean
dulce el mar y azul el cielo! —

...Por la tarde, brilla el aire;
el ocaso está de ensueños;
es un oro de nostalgia,
de llanto y de pensamiento.

— Como si el viento trajera
el sinfin y, en su revuelto
afán, la pena mirara
y oyera a los que están lejos. —

; Viento ilusorio de mar!
; Calle de los marineros
— la blusa azul, y la cinta
milagrosa sobre el pecho! —

; Granados en cielo azul!
; Calle de los marineros!
; El hombre siempre en el mar,
y el corazón en el viento!

La mayor parte de los jóvenes poetas andaluces y levantinos, y aún muchos americanos, que ellos mismos se llaman generación nueva, arrancan de estos poemas de Juan Ramón Jiménez que tratan de la luna, del lirio, del cielo, del pino y del viento. Contemporáneo de Juan Ramón Jiménez en esta clase de poesía que busca la emoción entre lo lírico y lo elegíaco, el mejicano Enrique González Martínez, uncorde como Juan Ramón Jiménez, ha escrito impercederos poemas; pero con menos luz que el español, siendo inclusive más hondo, no ha logrado tantos discípulos. Discípulos ciegos, embriagados de Juan Ramón, que no serán mañana más que un eco lejano y perdido entre la poesía personal del poeta de Moguer, que se pone a veces formal y labra este gran soneto a Castilla, que lleva por nombre « Octubre »:

Estaba echado yo en la tierra, enfrente
del infinito campo de Castilla,
que el otoño envolvía en la amarilla
dulzura de su claro sol poniente.

Lento, el arado, paralelamente
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón y echarlo
pleno de su sentir alto y profundo.
al ancho surco del terruño tierno;

a ver si con romperlo y con sembrarlo
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.

• Pasa a la página 6 •

ART E Y ARTISTAS

por GARCIA TELLA



Cezanne : El de la pipa.

ENTRE bromas y veras, ocho meses han pasado desde que comenzó esta sección y la temporada artística — la llamada « saison » de París — toca a su término. Galerías y Salones se suceden con un ritmo precipitado que denota fatiga y anhelo de vacaciones. Bellas Artes celebró su baile oficial, los alumnos dieron el suyo, con el tradicional escándalo, la « Kermesse des Etoiles » trajo la lluvia de todos los años y los cines empezaron a dar « refritos » a precios de estreno. Panamá emigró a las playas, los turistas aparecieron — como siempre, vestidos de forma extravagante — y las Galerías de París vacían sus cuadros en las sucursales de Vence, Cannes, Niza, Cannes, etc.

Algunas llamaradas quedan, sin embargo, en la capital y surgen indistintamente en diferentes locales, con una resistencia desesperada hacia el « amateur », el coleccionista, el comprador, pero a la larga y astutamente, el mes de agosto se « coló », barriendo las preocupaciones estéticas. Veamos, pues, los últimos espasmos.

**

Renoir : Retrato.



En la Galería Pétrides, « marchand » de Utrillo, se presentaron unas 40 telas de Othon Friesz (1938-1949) antiguo « fauvista » que en el último período de su vida vuelve al sentimiento clásico de la pintura, en la que no se oculta cierta admiración de Cézanne y un gusto moderado por las formas ampulosas a lo Rubens.

Denise René presenta a su vez unas tapicerías de Aubusson, según los cuadros de Kandinsky, acompañadas de las esculturas masivas y negras de André Bloc, los móviles aéreos de Calder, el hierro macizo de González, el mármol de Gilioli y la madera elegante y suave de Stahly.

El Museo de Arte Moderno por su parte, nos ofrece una colección de dibujos que se extiende desde Lautrec a los cubistas. Serie maravillosa, en la que no se sabe si admirar el genio agudo e implacable de Lautrec o la simplicidad de Valadou; los apuntes de Braque o la seguridad del trazo de Villon. Señalemos también dibujos de La Fresnaye, Chayall Laurencin y Warquier.

Gromaire expone en la Galería Marcel dieciocho telas, en las que, abandonando el ócre habitual, se lanza en los colores vivos y gana totalmente en vigor e intensidad.

Contra el arte un poco brusco de Gromaire, se presenta la poesía, la fineza de Chapelain-Widy, sensual y lírico, que muestra sus trabajos en la Galería San Plácido.

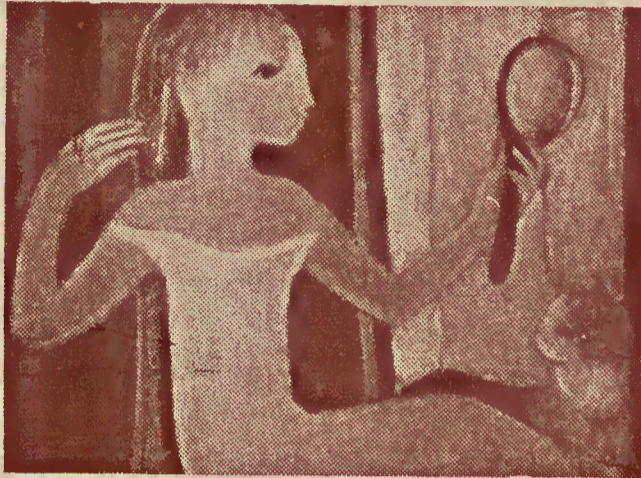
Más poético aún, es el « naïf » Calland, que, en Craven, presenta un conjunto admirable de sentido colorista y de materia justa. Espontáneo y libre de inspiración, originalísimo, es quizá el mejor heredero de Rousseau.

En cuanto a Michaux, fantasmático y mitológico, fundamentalmente enigmático, su mensaje de la Galería Lorenzeau, nos deja un poco inquietos y mal ambientados. Interesante el Salón de Pintura y Escultura femenina con más de ochocientas obras, en el Palacio de Bellas Artes de la villa de París, así como el VI Salón de dibujo y acuarela en el Museo de Arte Moderno donde todos los talentos de la pintura contemporánea están representados, desde Lhote a Lorjou, con grabados, dibujos y acuarelas de una calidad que explica el favor de que goza nuevamente esta forma menor de expresión.

Nina Dousset, expone a su vez en su Galería nombres consagrados como Matta, Riopelle, Michaux y Nieva, en telas singularmente personales, acompañadas de las esculturas patéticas de Etienne Martin y las no menos ambiguas de Stahly.

Exposición más importante

es la que presenta por la primera vez en el Museo de la Orangerie 64 pinturas de Cézanne, procedentes del Museo del Louvre y de colecciones particulares. Cézanne está tan vinculado a los orígenes de la pintura moderna, que esta exposición constituye un verdadero acontecimiento y un excelente broche de oro como fin de temporada.



Paul Elsas : La « toilette ».

Y naturalmente las infinitas exposiciones de Picasso por todas partes, dibujos y cuadros de diversas épocas, siendo la última en serie la de la Librería La Hune, donde bajo el tema de la tauromaquia, el malagueño asombra una vez más.

Cabe señalar asimismo la presentación de cien obras de Renoir que ha tenido lugar en el Museo de Artes Decorativas. Estos magníficos cuadros, pertenecientes a diversas colecciones, fueron reunidos por el hijo del notable pintor, Jean Renoir, y ofrecieron a la curiosidad del público en una exposición a beneficio de la « Lutte contre les taudis ».

**

En la Bial de Venecia el primer premio de pintura ha sido concedido a Max Ernst, alemán. El francés Arps ha recibido el primer premio de escultura.



Ingres : Boceto de desnudo.

ra y el español Miró, el primer premio de grabado.

**

El pintor catalán Clavé, se encuentra en España, donde sin duda piensa celebrar una Exposición.

El día 12 del pasado se clausuró la exposición que, después de haber permanecido algunos años en el nuevo continente, E. F. Granell presentó en el salón parisense de L'Etoile Scelles. Sus 24 telas han llamado la atención por la originalidad temática, de rasgo y colorido. El mundo plástico de Granell, con la fantasía de sus figuras, indica, indiscutiblemente, una gran fuerza de imaginación. He aquí, en fin, unas líneas de nuestro amigo Benjamín Peret a propósito del pintor desterrado cuya exposición celebramos :

« A la altura de un grito », tal es la expresión de un autor maya al querer subrayar que la tradición, a pesar de su antigüedad, le llega aún con todo vigor. Sin duda alguna, el grito de E. F. Granell debe tanto su particular sonoridad a las circunstancias en que ha sido proferido, como a los lugares en que se produjo. ¿ Obedecerá, acaso, a simple azar el que, refugiado después del aplastamiento de la revolución, este miliciano español repita el primer viaje de Colón... Desde Santo Domingo, siguiendo la ruta de los conquistadores del siglo XVI, Granell se detiene un instante en Guatemala, de donde, como Franco de España, lo expulsa el stalinismo. Su peregrinación, en fin lo lleva a Puerto Rico, una de las úl-

E. F. GRANELL

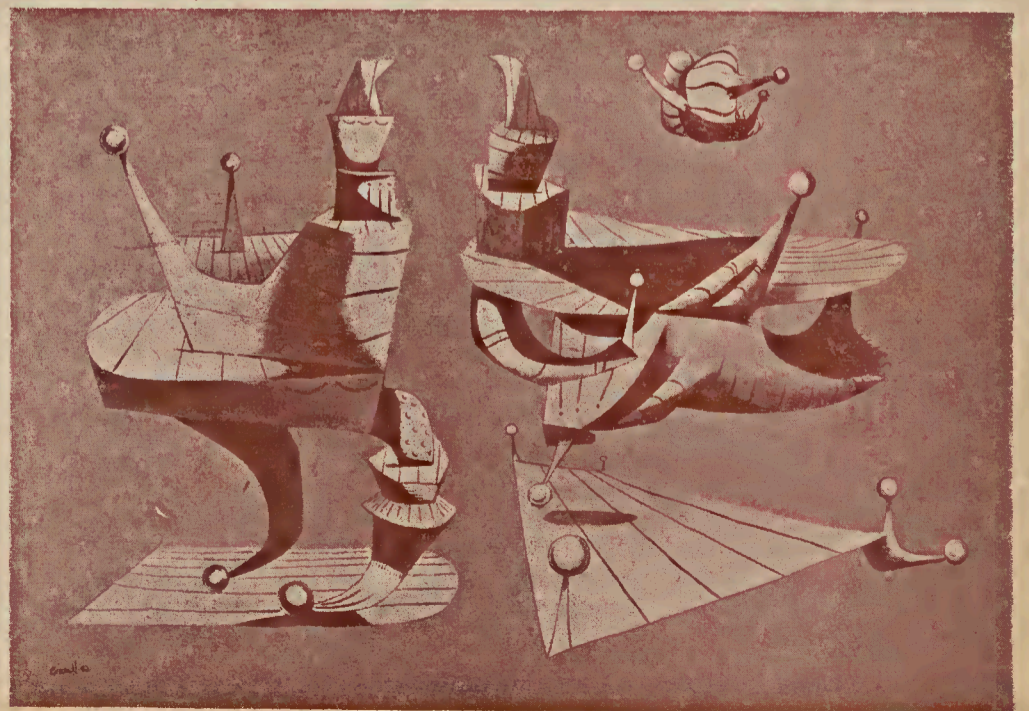
timas colonias de su país, después de la emancipación indoamericana. Este periplo no representa para Granell más que la base material de una exploración completamente diferente, del mismo modo que la tierra es el soporte del árbol que proyecta el aire en el que capta los trinos de los pájaros. Y en este viaje, para el que el azar sirve de brújula, Granell dispone, como todo auténtico artista, del poder que hace lucir un sol visible para cuantos lo avizoran. El suyo, por cierto, emite los primeros rayos matinales.

A la altura de un grito... Ese grito que, partiendo de Europa, despierta todos los ecos del mar Caribe, no dejó de encontrar a su paso materia para enriquecer sus vibraciones. Claro que, la España original trasciende en cada una de las obras de Granell, pero ¿ no pueden apreciarse ya ciertas tentativas de hibridación ? Los seres que nos presenta parecen surgidos de un mundo por descubrir. Sus formas, ¿ son de otros tiempos, de un paraje distinto hacia el que

nos conduce ? Esas muestras de una fauna futura — gallo-cuadrante solar, gallina-máquina de coser — no dejan de evocar los seres fabulosos que reconocieron en América los primeros viajeros, cual aquel pájaro-pincel (« pacho del cielo ») del que Samuel Champlain nos ofrece una imagen desprovista de patas, porque — dice — nutriéndose del aire, jamás se posaba en parte alguna. Se comprende, pues, que Granell haya sentido a veces la necesidad de fijar los productos de su apasionada cacería en las selvas prohibidas de los continentes aún por descubrir y en los cuales se complace. Solitario en su refugio, persiguiendo huidizas imágenes, ¿ no ha querido procurarse el goce de conocerlas mejor ?

A la altura de un grito... El de Granell brota de las grandes profundidades donde se elaboran los seres místicos. Sin embargo, tan claro nos llega que parece proferido aquí mismo. Y se debe a que la altura de este grito es la del hombre mismo.

E. F. Granell : Feliz futuro.



Leed la revista mensual

CENIT

Ciencia - Sociología - Arte

4, rue Belfort, Toulouse.

Tipo ideal de dueña



AY en el libro del Arcipreste diferentes tipos de mujer, que corresponden a cada una de las gradaciones anteriormente establecidas: dueñas doñegüiles, burguesas llenas de prejuicios, moras y judías y chatas serranas nombrunas.

Lo que me interesa entresacar del libro de Juan Ruiz es su opinión sobre las mujeres y su gusta particular.

Las mujeres han sido, desde los más antiguos tiempos, objeto de opiniones en extremo contradictorias. El autor del *Eclesiastés* decía ya: « Heme dado cuenta de que la mujer es más amarga que la muerte, que es la trampa del cazador, que su corazón es una red y sus manos cadenas; aquel que es agradable a Dios, El le salvará de ella, mas el pecador en ella quedará preso » (VII, 29). Más lejos añade: « Entre mil hombres, he podido hallar uno, pero entre mil mujeres, ni una sola he podido encontrar » (VII, 30).

Entre los autores latinos, Virgilio (*Eneida*, IV, 569) afirma: « Varium et mutabile semper femina ». Sabido es que R'ancico I, rey de Brancia, parodió estos versos cuando escribió con diamante sobre un cristal del castillo de Chambord:

Souvent femme varie:
Bien fol est qui s'y fie.

Erasmo, entre los humanistas, añadirá: « Mare, ignis, mulier: tria mala ». Un filósofo proclamó que la « mujer es animal de ideas cortas y cabellos largos ». La copia popular andaluza reza:

Una mujer fué la causa
de mi perdición primera:
no hay perdición en el mundo
que por mujeres no venga.

Frente a O. Mirbeau que dice: « La femme a en elle une forme inexorable de destruction » y el « Libro de los enganos y los asayamientos de las mujeres » que, unido al « Corbacho » ponen a la mujer como chupa de dómine, el quisquilloso Voltaire nos dirá: « Tous les raisonnements des hommes ne valent pas un sentiment d'une femme ».

¿ A quién creemos? Pienso que cuantos hablaron mal de las mujeres no siempre tuvieron razón. Si algunos de ellos nos hubieran explicado las verdaderas razones que les movían a atacar al sexo débil, tal vez nos hubieran convencido de que el mal que les sobreviniera, no llegó por culpa de mujeres, sino por propio pecado, ya que no fueron capaces de satisfacer cumplidamente las necesidades que la naturaleza impone a los seres de distinto sexo que viven en común.

No quiere esto decir, ni con mucho, que sea siempre el hombre responsable único de la desavenencia, si desacuerdo existe, pues sabemos que la cabra tira al monte y que es inútil ponerle al cuello sogas cortas ni largas.

El Arcipreste, como hombre entero que es, al hablar de mujer agradable y cortés nos dice:

Sabe Dios qu'a esta dueña e a quantas

[yo vy
Sienpre quise guardarlas e sienpre las servi;
Ssy servir non las pude, nunca las deservi;
De dueña mesurada sienpre bien escrivi.
Muy villano sería e muy torpe pajés,
Ssy de la mujer noble dixiese cosa rrefes;
Ca en mujer lozana, fermosa e cortés
Todo el bien del mundo e todo plazer es.
Ssy Dios, quando formo al ome, entendiera
Que era mala cosa la muger, non la diera
Al ome por compañera nin dél non la fezie-
[ra... (107-109).

Hay, sin embargo, mujeres perversas, espíritus que lo son del mal, incapaces de comprender el bien y, menos aún, de practicarlo. No es cosa fácil conocer el carácter de una mujer, aunque crean lo contrario los tenorios profesionales. Por ello nos dice Juan Ruiz:

Talante de mugeres; quién lo puede enten-

[der,
Sus malas maestrias e su mucho malsaber?
Quando son encendidas e mal quieren fazer
Alma e cuerpo e fama, todo lo dexan per-
[der... 469

Estos versos explican la historia de Pitas Pajas, pintor de Bretaña, marido desconfiado que, por ofender a su mujer con proceder poco caballeresco, es objeto de los manejos y trapisonderías de ella durante su ausencia y terminará por engañarlo con feliz galán, pese a las precauciones tomadas por el marido. Piensa Juan Ruiz que el dinero puede

ser causa de la pérdida de la mujer, ya que se siente inclinada a aceptar cuantos dones se le ofrecen, no siempre por gusto, sino por vanidad:

Por dineros se muda el mundo e su manera,
Toda muger codiciosa de algo es talaguera,
Por joyas e dineros salyra de carrera:
El dinero quiebra penas, tyende dura ma-
[dera... 511

Alarcón (*Verdad sospechosa*, 361) expresará ideas análogas:
Y así, sin fiar en ellas,
Lleva un presupuesto solo,
Y es que el dinero es el polo
De todas estas estrellas.

El Arcipreste insiste en la misma idea de modo machacón:
Para por los dineros todo cuanto pidieres,
Que poco e que mucho, dal' cadaque podie-
[res... 485

El dinero no vence siempre a la mujer reacia a los amores y de carácter arisco. Hay casos en que es mejor tratar de captarse las simpatías de la bella con pequeños favores, con atenciones dedicadas; con cortejos discretos, ya que

La muger byen sanuda e qu'el ome byen
[guerre,
Los doñeos la vengen, por muy brava que
[sea... 633

No faltarán consejos precisos para lograr los favores de las mujeres. En este punto, nada tiene que envidiar a Ovidio el laudino Arcipreste:

El miedo e la vergüenza faze a las mugeres
Non fazer lo que quiere byen, como tu lo
[quieres;
Non finca por non querer: tu cadaque po-
[dieres,
Toma, pues, de la dueña lo que della quisie-
[res... 634.
Cf. 518-520; 524-526 y 634-644)

¿ Qué contraste entre estos versos y el tono grave y severo que adopta Juan Ruiz al hablar de la muerte y del amor divino!

En fin, llegamos al retrato de la mujer que colma, en el aspecto físico, los deseos del Arcipreste:

Cata muger donosa e fermosa e lozana,
que non sea muy luenga, otrosi nin enana;
Sy podieres, non quieras ámar muger villana,
Ca de amor non sabe e es cosa bausana.
Busca muger de talla, de cabeça pequeña,
Cabellos amariellos, non sean de alheña,
Las cejas apartadas, luengas, altas, en Peña,
Ancheta de caderas: esta es talla de dueña.
Ojos grandes, someros, pyntados relucientes,
E de luengas pestañas byen claras e reyentes,
Las orejas pequeñas, delgadas; paral'mientes
Sy ha el cuello alto: atal quieren las gentes.
La naryz afilada, los dientes menudillos,
Eguals e bien blancos, un poco apretadillos,
Las ensias bermejas, los dientes agudillos,
Los labros de su boca bermejós, angostillos.
Su boquilla pequeña asy de buena guisa,
La su faz sea blanca, syn pelos, clara e lya;
Puna de aver muger, que la veas syn camisa,
Que la talla del cuerpo te dira esto a gui-
[sa... 431-435

El sensualismo de Juan Ruiz se manifiesta aquí fuerte y vigoroso. Se explica bien que prefiera tal mujer « ancheta de caderas », que no se encuentra « en todos los mercados » (445), pues ese tipo de dueña es

En la cama muy loca, en la casa muy cuerda,
No olvides tal dueña, mas dellas te acuer-
[da... 446

El Sr. Castro (*Op. Cit.* 414) ve en los « sobacos mojados » y en « mercados », elementos de carácter árabe.

por J. CHICHARRO DE LEÓN

Hay un pasaje extenso consagrado a la mujer chica, que es altamente elogiada. Don Américo, aunque afirma no poder probarlo, quiere ver en este trozo, que copio a continuación, claras influencias arábicas:

Quiero abreviarvos, señores, la mi predica-
[cion,
Ca sienpre me pagé de pequeño sermon
E de dueña pequeña e de breve rraçon:
Ca lo poco e bien dicho finca en el coraçõn.
Del que mucho ffabla rrien, quien mucho
[rrie es loco,
Tyene la dueña chica amor grand e non po-
[co:
Dueñas dy grandes por chicas, por grandes
[chicas non troco;
Mas las chicas por las grandes non se arre-
[piente del troco.

De las chicas que bien diga el amor me fiso
[rruego,
Que diga de sus noblesas e quierolas dezir
[tuego:
Direvos de dueñas chicas, que lo tenedes en
[juego:
Son frias como la nieve e arden mas que'l
[fuego:
Son frias de fuera; en el amor ardientes,
En cama solaz, trebejo, plaserteras e rrien-
[tes,
En casa cuerdas, donosas, sosesagas, bien-
[fasyentes;
Mucho alfallaredes, ado byen paredes mien-
[tes.

En pequeña girgonça yase grand rresplandor,
En açucar muy poco yase mucho dulçor:
En la dueña pequeña yase grand amor:
Pocas palabras cunple al buen entendedor.
Es pequeño el grano de la buena pimienta,
Pero mas que la mues conorta e mas cá-
[lyenta,
Asy dueña pequeña, sy todo amor consienta,
Non ha plaser del mundo qu'en ella non se
[sienta.

Como en chica rrosa esta mucho color,
E en oro muy poco grand preçio e grand
[valor,
Como en poco balsamo yase grand buen olor:
Ansy en chica dueña yase muy grand amor.
Como rroby pequeño tyene muncha bondad,
Color, virtud e preçio, noblesas e claridad,
Asy dueña pequeña tiene mucha beldad,
Fermosura, e donayre, amor e lealtad.

Chica es la calandria e chico el rroysnyor,
Pero mas dulce canta, que otra ave mayor,
La muger, por ser chica, por eso non es pior;
Con doeo es mas dulce que açucar nin flor.
Son aves pequeñuelas papagayo e orior,
Pero cualquiera dellas es dulce gritador,
Adonada, fermosa, preçiada, cantador;
Bien atal es la dueña pequeña con amor.
En la muger pequeña non ha comparación,
Terrenal parayso es e consolacion,

Como en poca balsamo yase grand buen olor:
Ansy en chica dueña yase muy grand amor.
Como rroby pequeño tyene muncha bondad,
Color, virtud e preçio, noblesas e claridad,
Asy dueña pequeña tiene mucha beldad,
Fermosura, e donayre, amor e lealtad.
Chica es la calandria e chico el rroysnyor,
Pero mas dulce canta, que otra ave mayor,
La muger, por ser chica, por eso non es pior;
Con doeo es mas dulce que açucar nin flor.
Son aves pequeñuelas papagayo e orior,
Pero cualquiera dellas es dulce gritador,
Adonada, fermosa, preçiada, cantador;
Bien atal es la dueña pequeña con amor.
En la muger pequeña non ha comparación,
Terrenal parayso es e consolacion,

Juan Ramón Jiménez

● Viene de la página 4 ●
Refiriéndose a lo que debe ser un poema, escribe Juan Ramón Jiménez en « Piedra y Cielo »:

No le toques ya más, que así es la rosa!
El cual glosan y plagian por ahí sus discípulos, tomándolo como aroma propio, perteneciendo enteramente al romero andaluz de Juan Ramón Jiménez, aunque recuerde un tanto el verso de Rioja:

Pura, encendida rosa,
émula de la llama.

El desterrado voluntario se encontraba en Cuba hacia el final de 1937. Los jóvenes bardos cubanos, imitadores de Lorca y de él, le cayeron encima como pitirres, como carairas y como « auras-flores »; al extremo de prologar Juan Ramón Jiménez unos libros de poesía endeble y fácil. Pero el poeta no estaba muerto. No pudieron deshonrarlo como trataron de hacerlo, bastantes años ha, con Salvador Rueda, otro gran poeta andaluz y malagueño. Tantos ditirambos dedicaron a Juan Ramón Jiménez, que le causaron un tremendo dolor de muelas. Coincidimos en el dentista. Juan Ramón se sacó las muelas y se fué. Seguramente diciendo: « Aquí se quedan mis muelas, pero mi prestigio, ¡ no! ».

De las Antillas pasó a Nueva York y últimamente se encontraba en Buenos Aires. En vano los Pemán, los Gerardo de Diego y otros Diegos, le dicen que

Solas e alegría, plaser e bendición,
Minjor es en la prueba, qu'en la saluta-
[cion.
Ssyenpre quis' muger chica, mas que grand'
[nin mayor:
Non es desaguisado de grand mal ser
[foydor!
Del mal, tomar lo menos: diselo el sabidor:
Por end' de las mugeres la menor es mijor!
[606-1617)

Admiro la ciencia y vasto saber de mi maestro don Américo, pero no creo que sea necesario buscarle orígenes orientales a tal composición. Es verdad que, para mí, la cuestión de las fuentes tiene importancia secundaria, pues lo que me interesa es el arte recio y único de Juan Ruiz. Aunque el asunto sea prestado, al pasar por el tamiz de su vigorosa personalidad, se convierte en materia nueva y original, en algo propio que le pertenece por entero. Desde el instante en que Juan Ruiz imprime a los temas su carácter personal, suyo son y nada deben a los extraños. ¿ No hizo lo mismo La Fontaine, artista sin rival, al componer sus inmortales fábulas? Lo que importa es el arte del autor francés, no es el origen de los asuntos que tomó de los demás.

Los clásicos franceses tomaron asuntos de Grecia y Roma y no olvidaron a los autores españoles. Sin embargo, al componer sus obras famosas, no sólo convirtieron los temas extraños en materia propia, sino que los adaptaron al modo de ser y al gusto del pueblo francés. En otros términos, que convirtieron en temas franceses de carácter universal y humano, asuntos que, en lo que a España toca, nunca hubieran adquirido valor internacional, ya que el sello de nuestra literatura es estrictamente nacional, sin alcance humano. Pocas obras pueden salvarse.

Creo que los dos versos finales, que reproducen el dicho popular, viejo como el mundo tal vez, « del mal el menos », son causa y origen de la composición de Juan Ruiz. Trátase, a lo que se me alcanza, de una humorada digna del burlón Arcipreste.

Por un instante, me dije que Juan Ruiz había querido dar gusto a alguna « cantadera » o amiga chica o tal vez establecer un contraste entre la arrogante Endrina, de « cuello de garza » y la mujer chica. Mis ideas se han desvanecido al leer los últimos versos donde, Juan Ruiz, como el prestamista del « Beatus ille », se sale por la tangente y nos toma, en definitiva, el pelo con socarronería muy suya.

retorne al suelo natal donde le esperan todas las coronas florales de la poesía interior de la Península, hogafío paupérrimo y en el yermo. Juan Ramón Jiménez no responde. Sigue su camino en silencio, soñando aqueude el mar con su campiña de Moguer, los pinares, el viento de la Rábida, los altos trigales verdes y el cielo, azul y abierto, de sus tierras de Huelva.

El poeta tiene unas alas, las alas necesitan de un horizonte para el vuelo. Y con censura y sin libertad, sólo se ve un trozo de cielo a través de las rejas. Prefiere Juan Ramón Jiménez el aire libre de los Andes, el Ecuador de fuego con el carro de Apolo y hasta las solitarias islas del Mar Caribe, en las que cantan las sirenas su canción de amor a los naufragos.

Un día, cuando el sol de Moguer torne a ser libre, retornará a su tierra llevándose consigo una pequeña palmera del Trópico, recuerdo vegetal de sus andanzas. La plantará entre almendros y gozará mirando cómo crece entre espigas, en diálogo con el viento del mar, el cristal azogado de Riotinto, las espumas del Odiel y la canción de Guadiana.

Mientras que esto no suceda, que no esperen a Juan Ramón Jiménez por la Península. No es perdiz que acude al reclamo en el trigal exhausto de espigas de oro.

Alfonso CAMIN.

Méjico, 1954.

ENRIQUE RIOJA

Don Enrique ha sabido corresponder a la generosidad mejicana. Trabajando en el laboratorio y en la cátedra, en la prensa y en el libro. Don Enrique no es político, lo cual no quiere decir que se inhiba en esta lucha dramática en la que, hoy más que nunca, están en peligro las grandes ideas humanas. Don Enrique esta con quienes deben estar los hombres de ciencia: con los defensores de las grandes ideas humanas. Posición ésta, adoptada por los hombres de ciencia en el último congreso celebrado en Hamburgo. Consecuente, pues, con dicha posición, que también tiene su « politicismo », perfectamente coherente con la labor docente y de investigación, don Enrique trabaja diez, doce horas diarias. Y a su labor editorial de España — recordad sus libros publicados por Seix y Barral en Barcelona — ha añadido un buen número de títulos aquí, en Méjico, de los cuales les cabe destacar « El Mar Acuario del Mundo », además de sus libros de texto para los distintos grados de la enseñanza de las Ciencias Naturales. A estos hay que sumar centenares de trabajos de divulgación, publicados en distintas revistas científicas de este continente. Hay que señalar también sus estudios sobre la vida marina y lacustre de Méjico y los más recientes acerca de la vida de las cavernas mejicanas, a propósito de los cuales ha publicado un centenar de trabajos. Entre sus hallazgos se cuenta el de varias especies nuevas en la fauna de origen marino con penetración en esteros y lagu-

DON ENRIQUE RIOJA es un hombre de ciencia que honra al profesorado español y a la emigración. Era un prestigio de la cátedra española y su nombre era ya conocido entra el profesorado de este continente. De ahí que al poco tiempo de llegar a Francia, el Instituto de Biología de Méjico le ofreciera un lugar en sus laboratorios y la Universitaria Autónoma, de Méjico también, le enviara el dinero necesario para que se trasladase a estas playas. Méjico le ofrecía una patria que la España de Millán Astray le negaba. Como a tantos otros, para quienes el nuevo clima español de aire enrarecido hacia imposible no sólo la vida física, vegetativa, sino la cultural, la vida de la inteligencia y del espíritu, esa vida que había sido raíz y razón de su existencia. España, la España del espadón, podía muy bien condenar a destierro a los poetas y a los sabios; Méjico los recibiría, con los brazos abiertos, en un gesto amplio. Los poetas y los sabios nunca sobran; pueden prescindir de ellos los bárbaros. ¿ Para qué los quieren? ¡ Felices, por eso, los pueblos en cuyo suelo los poetas y los sabios de allende sus fronteras no se sientan extranjeros! ¡ Desdichadas, empero, de esas patrias que, enemigas de la canción y de la luz, niegan el pan y la sal a sus poetas y a sus sabios!

por **Mariano VIÑUALES**

Para un tratadillo sobre la coma

• Viene de la página 3 •

puntuación, en particular de la coma, alejándonos por igual de la posición de los que, como Cyrano de Bergerac, tiemblan por ver sólo una de ellas cambiada y de los que, demasiado confiantes, olvidan que una simple coma fuera de su sitio puede ser causa hasta de las peores catástrofes, como en la famosa escena de la comedia benaventina.

No se debe separar por coma el sujeto del verbo, a menos que el sujeto sea muy largo o a menos que haya un inciso entre sujeto y verbo. Ejemplos: « El niño juega », « El niño vestido de blanco y que lleva gorra, juega », « El niño, a pesar de estar muy cansado, juega ». En el segundo de estos ejemplos, la coma es puramente fonética.

Sujeto y verbo cortados por coma. — « Tratar de encerrar el principio en la forma rígida de la definición, sería inconveniente... En casos como éste, en que el sujeto es excesivamente largo, se puede poner coma entre sujeto y verbo; esta coma marcará la pausa que, en general, hacemos en la conversación cuando el sujeto resulta muy largo.

Sujeto. — Enumeramos a veces varios términos en singular que vienen a ser sujetos de un verbo en plural. En este caso, si el último de los términos va unido a los que lo preceden por « y » u « o », no lo haremos seguir de coma, con lo que practicaremos el principio general de la no separación, por coma, de sujeto y verbo, ya que los varios sujetos en singular, que equivalen a un sujeto en plural, conciertan « inmediatamente » con su verbo; sin contar que, cuando conversamos, no siempre hacemos pausa detrás del último de los sujetos, máxime si no son muy numerosos.

Yo... no quisiera que mis amigos... — Los partidarios de la coma fonética van a veces demasiado lejos en su sistema de puntuar las pausas; y así ocurre que, decididos a poner coma en toda pausa, practican con nuestro signo cortos oracionales que nos parecen demasiado atrevidos, como en el caso de la separación de sujeto y verbo, o de verbo y atributo o complemento, sobre todo si sujeto o atributo (o complemento) están constituidos por una sola voz. En consecuencia, nos parece de mal gusto escribir comas para marcar pausas reales de la conversación (hablada o pensada) en casos como éstos: « Yo, te detesto » o « Yo detesto, hasta los animales ». Y creemos que, en casos de esta naturaleza, los puntos suspensivos sirven la realidad fonética convenientemente.

(En el próximo número veremos otros ejemplos.)

nas del litoral mejicano, así como el descubrimiento de varios crustáceos cavernícolas que permiten determinar que la fauna cavernícola de Méjico es una de las más interesantes del mundo.

Pero mi propósito, al entrevistar a don Enrique Rioja no es conocer sus trabajos, sino su pensamiento político como hombre de ciencia en estos momentos de angustia que vive el hombre. No olvido que he dicho ya que don Enrique no es político, pero tengo para mí que don Enrique no puede ser neutral. La hora que nos ha tocado vivir es parecida a aquella en que Luis Vives se veía obligado a decir en una carta, creo que a Erasmo de Rotterdam, éstas o parecidas palabras: « Vivimos unos tiempos difíciles en que es tan peligroso hablar como callar ». Ante este dilema don Enrique optará por lo más gallardo, por hablar. Confiado en esto le pregunto:

— ¿ Cómo ve el futuro del hombre? ¿ Logrará salvarse de esa encrucijada en donde le han metido los dos antagonismos hoy en lucha por la hegemonía mundial? — Quién puede ver claro en este torbellino y en esta desconcertante confusión!

Confieso que esperaba algo más, pero, en fin, hago una segunda pregunta:

— ¿ Cree usted, que nuestra generación, que ha asistido ya a dos hecatombes mundiales, asistirá a una tercera? — Le contestaré con otra pregunta — me dice don Enrique — ¿ Cree usted que son dos y que hemos salido de ellas? Tiene razón don Enrique: en realidad la gran crisis que vive el mundo empezó con la guerra del 14. Aquella guerra inició esta agonía que vive el régimen capitalista. Durante ella hemos asistido a la caída de imperios poderosos y al nacimiento de nuevas formas de gobiernos con que pretenden asegurarse la supervivencia este régimen capitalista. La Gran Guerra del 14 abre la era de las revoluciones sociales. Pregunto nuevamente a don Enrique:

— El nihilismo con que los existencialistas pretenden sustituir los valores, considerados hasta ahora como móviles de las grandes acciones humanas, ¿ no cree que contribuye a esta atmósfera de desesperación y de angustia que vive el hombre actual? — Aquel parece ser más bien un efecto y no la causa — me contesta don Enrique — No me satisface la respuesta y opino a mi vez: — No, no, yo no lo creo así, don Enrique. Las ideas han movido siempre al hombre. Ciertamente, para que prosperen, necesitan un clima favorable, pero ese clima lo dan las grandes crisis políticas o religiosas. Para que el cris-

tianismo llegara a entronizarse en Roma antes tuvo que producirse la caída del Imperio Romano. Y la caída del Imperio se produce no por las ideas nuevas que acaban de nacer en un rincón apartado de Asia, sino porque llevaba ya en sí los gérmenes de su descomposición, de la crisis. Dime cómo piensas y te diré quién eres. Los hombre son, antes que realidades, ideas: ellas los mueven y por ellas actúan. Para que el existencialismo prosperara fué preciso antes una crisis de valores; producida la crisis, el hombre busca un apoyo, un asidero a sus esperanzas. Es entonces cuando el existencialismo entra en acción y el hombre, que ha asistido a la quiebra de tanto sistema, se agarra a él, como el naufrago a la tabla de salvación. Por eso creo que la desesperación y la angustia son las secuelas de ese nihilismo que deja al hombre sin asideros a sus deseos, a sus ilusiones y a sus esperanzas.

Nada me dice don Enrique y vuelvo a hablarle:

— Dígame cuál debiera ser la posición de los hombres de ciencia ante los proyectos atómicos de esos dos bandos beligerantes en esta guerra fría.

— Por desgracia los científicos se han entregado sin reservas a una labor en la que nunca debieron intervenir. La ciencia tiene su ética que, en este caso, no ha sido seguida.

— Por ejemplo: el juramento de Hipócrates para la Medicina, que podía, debía mejor, hacerse extensivo a las demás ramas de la Ciencia.

— No que podía ni debía, sino que así se entiende para la Ciencia en general.

Le hago una última pregunta pero en el campo de sus actividades: ¿ Qué opinión de esas teorías que sobre genética ha puesto en circulación el biólogo ruso Lisenko en la Rusia Soviética en oposición a lo que allá llaman *biología o genética burguesa*?

— Se trata de un pleito interno por el dominio de puestos y prebendas en el que ha sido sacrificado un valor tan auténtico como Vavilof, deportado y muerto en Siberia. Al incorporar las hipótesis de Lisenko al ideario del Partido comunista, una cuestión meramente científica ha pasado a ser tema de carácter político. En este terreno no tenemos nada que decir...

Yo sí tengo que decir, porque esto me ha recordado el proceso de Galileo. El caso es idéntico. En un tratado de Astronomía leí hace años la sentencia que condenaba a Galileo por su doctrina « contraria a la fe » e intuyo los considerandos que habrán precedido al fallo dictado contra el sabio ruso Vavilof. La posición actual del Kremlin es la misma que la de Roma en la Edad Media. Lo que para el Papa romano tenía

que ser tildado de herético, para el Papa moscovita tiene que ser tildado de burgués. Burguesa es la filosofía de Dewey, la de Bergson y la Russell, como burgués decadente el existencialismo de los « renegados del Movimiento de la Resistencia, Sartre, Camus y sus compañeros ». El Santo Tomás de Aquino de Roma en Moscú se llama Marx. Este es el teólogo por excelencia y antonomasia del mundo soviético. La palabra de Marx tiene toda la fuerza del dogma. Se ha substituido la Escolástica por la Dialéctica y sobre el andamiaje del materialismo histórico se ha construido una Dogmática inflexible de aplicación rígida a la Ciencia.

Ignoro si Marx escribió sobre genética. Por eso, mi asombro ante esa hipótesis prodigiosa de Lisenko. ¿ De dónde le habrá venido a él esa teoría biológica revolucionaria? Si en *El Capital*, biblia del marxismo, no hay nada sobre Genética, habrá que presumir que esa doctrina fué insuflación del Espíritu Santo. Habrá que creerlo así. El Papa soviético también es infalible. Su infalibilidad se impone a las masas soviéticas con la misma fuerza que la infalibilidad del Papa romano a la grey católica. Pero aquí, otra vez el recuerdo de Galileo: « E pur se mouve ». Y con él nuestra certeza de que las leyes de la herencia de Mendel y de sus sucesores De Vries, Tschermack y Correns subsistirán, a despecho de todos los infiernos de Siberia.



● Dalí, metido en un cubo, ha hecho en Roma una exhibición ante los periodistas y, entre otras afirmaciones por el estilo, lanzó la de que « el arte moderno resulta ultrarretrogrado, porque se anula en el anónimo arqueológico ».

● Ha fallecido en Madrid el dramaturgo Jacinto Benavente. El cadáver, con el hábito de franciscano, fué expuesto en los salones de la Sociedad de Autores. Se le dió sepultura en el cementerio de Galapagar.

● En Londres ha sido presentada al público una serie de cuadros de Goya. El interés excepcional de esta exposición, celebrada en la Tate Gallery, se resalta en la extraordinaria afluencia de visitantes llegando algunos días a registrarse mil personas.

● En las excavaciones que se realizan en Ampurias encontráronse últimamente, debajo de una serie de tumbas pertenecientes al siglo XV antes de Jesucristo, varios interesantes objetos, entre ellos una terracota y distintos vasos etruscos enteros.

● Se ha hecho una especie de estadística de apellidos españoles y resulta que el de García, situado en primer lugar, corresponde a dos millones y medio de habitantes. En segundo lugar está el de Fernández. Entre catorce apellidos se reparten el setenta por ciento de la población española.

● Según informan los periódicos, se ha efectuado en España un sensacional hallazgo paleontológico, único en el mundo. Se trata de los restos de un mono de la talla de un chimpancé, descubierto en la cueva de Tresp, donde vivió hará unos ochenta millones de años.

● El investigador W. L. Fichter ha reunido en un volumen los escritos de Valle Inclán, publicados en la prensa con anterioridad a 1895. El recopilador, en un estudio preliminar, analiza los textos, su evolución y circunstancias.

● En Tokio, donde se ha celebrado una exposición de grabados de Goya, los periódicos han comentado abundante y elogiosamente la obra del gran pintor aragonés.



El maíz, su origen y su aportación a la Civilización y al Progreso



Allí, agrupados en tribus cazadoras, empezaron a dominar la planicie al descubrir al reno, cazándolo primero y domesticándolo después, un rudo empeño, menos dramático sin embargo que el que tuvieron más adelante cuando se enfrentaron con el bisonte. En esa nueva lucha, el hombre se agazapaba con pavor en el relieve de la llanura cuando pasaba, poderoso y piafante, el tropel de cuadrúpedos; cada uno de ellos inclinaba su cabeza detorne, lista para la embestida y proyectaba hacia adelante el jiboso lomo hirsuto sobre sus ágiles extremidades. Ante ese espectáculo, el hombre desnudo y montazco, con su exigencia orgánica de alimento nutritivo, veía con envidia pasar ante sus ojos la masa enorme de carne palpitante que saciaría su hambre, la piel cuyos jirones cubrirían su desnudez, e impulsado por esos apremios, que tal vez no comprendía bien, aguzaba con ahínco el pedernal de sus flechas y aumentaba la tensión de su arco, de fuerte madera apenas flexible, cuya cuerda de tendones de venado no se rompía fácilmente, para llegar a abatir, con su dardo cada vez más certero, el ejemplar, en cada ocasión más fuerte y bien dotado, de la manada que cruzaba la llanura.

Esas hambres, que no se sabe por qué azar del destino — ya sea por desintegración de grupos humanos debido a guerras o simplemente por crecimiento immoderado de la población en Asia — había irrumpido en este Continente y trataba de vivir en él, abría sus ojos de azoro ante la nueva realidad, conociéndola, captándola, adaptándose al medio, y dominándola al fin, al reaccionar adecuadamente para subsistir, constituyéndose en esa forma en el hombre americano, con características distintivas del hombre de otras latitudes.

Ya fuerte con esas experiencias y hábil con esas destrezas, descendió a las tierras que se encuentran al Oriente de lo que es hoy la Alta California, en cuyas enormes planicies floreció el girasol silvestre. Era para ellos, sin duda, una gloria mirar los fuertes tallos esbeltos elevarse en haces apretados sobre la pradera, ostentando la estrella gualda de sus pétalos que formaban, juntos y múltiples, un disco dorado que, como imagen del sol, se movía siguiéndolo en

su tránsito por el cielo. Las semillas de esa planta fueron aprovechadas como rico alimento, al igual que raíces y otras frutas, por las tribus cazadoras que iban llenando el Continente, algunos núcleos de los cuales fueron quedando a lo largo del territorio, constituyendo las tribus que después se encontraron poblando lo que es ahora Canadá, y la parte septentrional de los Estados Unidos del Norte.

Pero la corriente migratoria continuó. En siglos de exodo constante cruzaron las planicies y treparon a las montañas y los valles, invadieron las altas mesetas y descendieron de ellas a lo largo del curso serpenteante de los ríos, hasta llegar por fin a la altiplanicie, donde crecían en estado silvestre el frijol, la calabaza, el tomate y la patata. Colectaban esos frutos y se alimentaban con ellos; pero continuaban hacia el Sur sin poder todavía abandonar su vida nómada, dejando únicamente a su paso, grupos que integraron tribus cazadoras.

La América del Sur sólo se entiende en función de la montaña. Suramérica es los Andes. La gran cordillera múltiple se adueña del Continente, lo señorea y lo define. Lo que ha sido, lo que es, lo que será el Continente americano lo debe a la montaña. Toda la cordillera, desde Alaska hasta la Patagonia, apenas interrumpida en el istmo, debería llamarse en México: « Sierra Madre ». Porque todo en América ha surgido del vientre fecundo de la montaña. Y en la América del Sur esto es más patente, más indudable. La sierra, las cadenas montañosas, que en ese punto del Continente alcanzan su máxima expresión, son la razón, el origen, la vida del mundo americano. Todo converge en ella, porque de ella nace, como la luz del sol.

Al extenderse hacia el Sur, desde las dos ramas de tenazas en las que queda comprendido el lago Maracaibo, para erigirse y complicarse en los nudos montañosos de Suma Paz, Colombia y Pasto y en las cadenas que de ellos surgen como ramas de un árbol, se alzan las mesetas de Antioquia y Cundinamarca, y de ellas parte, corriendo en todas direcciones, el tropel clamoroso de los ríos; el Patía hacia el Pacífico; el Cauca y el Magdalena, que se unen, hacia el Caribe; hacia el Este, hacia el océano, hacia la llanura y las playas, se tienden el Apure, el Meta y el Guaviare, que van a formar el Orinoco, y el Caquetá y el Putumayo, que confluyen al Amazonas. Hijos de la montaña, los ríos son los padres de la llanura, serpean entre las alturas que lo hacen vagar, a veces sin éxito, en busca del diario sustento; cuando el maíz, con su henchida mazorca, le proporcionó en abundancia el almidón indispensable para reparar su desgaste orgánico, y al final de cada etapa agrícola recogía la abundante cosecha que le aseguraba la vida en el futuro próximo, empezó a tener los ociosos fecundos que pudo emplear en la tarea civilizadora: pulió y talló la piedra, aprendió a modelar en barro sus artefactos útiles, que más tarde llegaron a ser bellas piezas de cerámica iniciando la creación puramente artística, y hasta observó la ruta de los astros en el cielo.

La cultura pre-incaica, tal vez la más antigua de América, nació allí en las climas de clima benigno de las montañas andinas, al fundirse las tribus aymarí y quechuá. Es la región de la « puna » característica del Perú. Está asilada entre



A historia del maíz americano está ligada indisolublemente a la ruta de la civilización del hombre de América, de modo tal que las primeras manifestaciones de cultura superior en este Continente surgieron al iniciarse el cultivo del maíz en las regiones bajas orientales de la América del Sur, en donde hoy se extiende la nortada argentina, y evolucionaron en las alturas templadas del Cuzco, donde empezó a florecer la civilización incaica cuando el nuevo tipo del maíz se cultivó. De allí partió hacia el Norte la corriente civilizadora que había de dar al Continente los grandes exponentes de su cultura.

Las grandes caravanas de inmigrantes que, dejando sus huellas sobre las nieves de las regiones árticas, llegaban del Continente Asiático, tal vez cruzando el Estrecho de Behring sobre el mar congelado o de isla por isla por el arco de las Aleutianas, se difundían como nómadas, errantes cazadores y pescadores, por el Norte de América, se alojaban tal vez en cabinas de nieve y, según su marcha incierta, cazando focas y osos para comer su carne y cubrirse con sus pieles, o pescando en los mares árticos o en los ríos. Se adiestraban, sobre todo, en la pesca del salmón que en ciertas estaciones remonta los ríos que desembocan en lo que hoy es Alaska y Columbia Británica. En esas latitudes, las filas apretadas de peces suben contra la corriente de los ríos, saltando a veces sobre el agua; son las hembras que se aventuran desde el mar, obedeciendo a su instinto de protección de la especie, para desovar en las aguas dulces, y los machos que, con semejante impulso, las persiguen para fecundar los huevos; son tan numerosos que las aves voraces los desquestran con sus agudos picos y aun los osos aprenden a sacarlos a la grilla con sus torpes patas. Los hombres, los inmigrantes ávidos, podían fácilmente pescarlos y hacer de ellos alimento excelente. Por eso se asentaron en aquellas regiones algunos grupos humanos, a favor de esos recursos de vida; pero siguió su tránsito la humana corriente continua que por siglos frimpió y desbordándose, atraída después por climas menos ásperos, hacia las montañas y las planicies de la parte septentrional.

cuinda y armónica que une la austeridad y el exclusivismo de las ciudades andinas con la alegría y el cosmopolitismo de los puertos atlánticos, y los junta por medio de la llanura fértil que alimenta los ganados y hace crecer y henchirse las mazorcas.

A esa región del mundo llegaron al fin los inmigrantes y la invadieron. Después del tránsito penoso por las montañas, descendieron a las amplias llanuras; ya iban seguramente armados de una gran experiencia y habían realizado algunos cultivos. No se sabe si descendieron a las cuencas del Orinoco y del Amazonas y treparon por sus planos inclinados hasta la enorme meseta del Brasil, descendiendo después a las llanuras argentinas, o si llegaron a ellas descendiendo desde la montaña; pero es un hecho que cupuraron las tierras bajas atlánticas y que allí encontraron un tipo de maíz primitivo con cada grano cubierto por su holocoche, que empezaron



a cultivar, iniciándose en la agricultura sedentaria.

Fué en ese sitio del Nuevo Mundo donde empezó a gestarse la civilización americana. Los nómadas que en lugares vecinos, lo mismo que en el altiplano de México, recolectaba y comían el frijol, la calabaza, el tomate y la patata silvestre, no llegaron a convertirse en agricultores; pero al encontrar allí el maíz primitivo, y más tarde, cuando lo llevaron a la región de los Andes, empezaron a cultivarlo y produjeron al fin el mutante de grano descubierto, con el que culminaron sus prácticas de agricultura sedentaria.

Cuando el hombre americano practicó esa especie de agricultura; cuando pudo descansar de la vida dura y azarosa que lo hacía vagar, a veces sin éxito, en busca del diario sustento; cuando el maíz, con su henchida mazorca, le proporcionó en abundancia el almidón indispensable para reparar su desgaste orgánico, y al final de cada etapa agrícola recogía la abundante cosecha que le aseguraba la vida en el futuro próximo, empezó a tener los ociosos fecundos que pudo emplear en la tarea civilizadora: pulió y talló la piedra, aprendió a modelar en barro sus artefactos útiles, que más tarde llegaron a ser bellas piezas de cerámica iniciando la creación puramente artística, y hasta observó la ruta de los astros en el cielo.

La cultura pre-incaica, tal vez la más antigua de América, nació allí en las climas de clima benigno de las montañas andinas, al fundirse las tribus aymarí y quechuá. Es la región de la « puna » característica del Perú. Está asilada entre

el desierto y el mar y no cruzan su cielo las nubes cargadas de lluvia que fertilizan la vertiente atlántica. Allí se asentó el agricultor y creó el tipo humano del indio sedentario, del color pardusco de las rocas de sus montañas. Su mito le enseñó después que estaba hecho de piedra como el cóndor — « pedernala que vuela » — y el jaguar « roca encendida de pasión carnívora ». Pero la naturaleza hostil en que vivió sobre el suelo áspero de la « puna » le hizo arraigar la noción del grupo con una fuerza tal que el « ayllu » que se alojaba en un replie-

por **Enrique CARNIADO**

gue del terreno más o menos fértil era un organismo indestructible, pues los hombres que lo formaban tenían entre sí tan fuerte cohesión como las rocas de que creían estar hechos. Así el « ayllu » fué su unidad social, y algunos de ellos se atrevieron a bajar nuevamente a la planicie, hacia la costa y llevaron la semilla del maíz, ya evolucionado, que en la pradera creció e hinchó sus mazorcas, ya cubiertas por un solo boloché, constituyendo una de las gramíneas más productivas; pero ni éstos, ni los otros que bajaron a la costa por el lado occidental, fueron los que fundaron la cultura del Perú. « El ayllu que conquistó el futuro » fué el del inca, que vivió en las alturas templadas del Cuzco. Fué allí, en el sitio en que los Andes se multiplican en cadenas fundamentalmente paralelas, pero que a veces se entrecruzan; allí entre las dos ramas más orientales de esas cadenas, en el valle donde cruza el Urubamba, que va hacia el Amazonas, donde se asentó la gran ciudad de Cuzco, capital del vasto imperio inca, que llegó a dominar durante cuatro siglos la región de los Andes que abarca desde Ecuador hasta el Sur de Chile, lindando por el este con Brasil y Argentina.

No fué ésta, sin embargo, la cultura que se propagó por toda América, del Sur hacia el Norte. La gran civilización inca fué una cultura de tipo evolucionado que arraigó en la región andina del Cuzco y conquistó pacíficamente, con la fuerza de su organización social colectivista, una extensa región de la América del Sur, desde Ecuador hasta Chile, llegando al grado de perfección en que la encontraron los conquistadores, que desorganizaron sin comprenderla su estructura social. Fué la cultura pre-incaica, de tipo todavía primitivo, lo que ascendió de Sur a Norte por América repasando a la inversa el camino de la inmigración primitiva y fundando nuevas culturas, a favor del cultivo del maíz, o vigorizando las incipientes que habían nacido en distintas regiones del Continente casi al mismo tiempo que la cultura pre-incaica.

El mecanismo de ese fenómeno de expansión cultural, que puede haber consistido en un movimiento migratorio hacia el Norte o simplemente en una penetración, a través de los grupos humanos, de la enseñanza agrícola, puede explicarse tomando como base el hecho indiscutible de que el cultivo del maíz, por ser la gramínea más productiva ya en su nuevo tipo de grano descubierto, se

generalizó, siendo acogida por todas las tribus nómadas diseminadas en el Continente, a las que hizo sedentarias o les permitió por lo menos demorar su marcha y permanecer más tiempo en una región.

Si nos inclinamos a considerar la existencia de un movimiento migratorio, podemos pensar que los descendientes de los agricultores errantes que habían llevado el maíz primitivo a la región andina, o sea los que cultivaron el maíz en las regiones bajas de América, quizá en lugares que hoy corresponden a la re-

pública Argentina, lo condujeron más tarde a la América Central, México y las Antillas. Probablemente avanzaban por etapas que abarcaban sin duda decenas o treintenas de años, durante las cuales iban estableciéndose sucesivamente en distintos territorios, plantando sus cultivos, que después abandonaban al empobrecerse las tierras como resultado de la destrucción del suelo ocasionada por la quema de las plantas como medio de arriasar la maleza o por la erosión que producían las lluvias en los planos inclinados. Así continuaban su marcha lenta y variable, aunque con dirección definida hacia el Norte, pues hacia ese rumbo sabían por noticias ancestrales, que se encontraba el altiplano donde prosperarían sus cultivos. A lo largo de esa ruta episódica iban arrastrando sus sementeras en busca de tierras mejores donde poder establecerlas. Cruzaron los Andes, descendiendo tal vez por la cuenca del Río Magdalena, hasta llegar a las tierras bajas del istmo y desbordarse en las llanuras de la América Central. No sólo llevaban entre sus cultivos el maíz, sino también la casava, los chiles y los camotes.

Al llegar a la América Central, su marcha fué más rápida a causa del clima insalubre, la manigua, los insectos y los reptiles venenosos. Pero ya en la cuenca del Usumacinta encontraron a un grupo de los antiguos inmigrantes que se estableció e iniciaba tal vez la agricultura sedentaria. Procediendo entonces en la forma que lo habían de hacer más tarde con otros grupos humanos, les enseñaron el cultivo del maíz, estimularon a esa nueva civilización y la empujaron, mediante su técnica de agricultores errantes, para que subieran a la calcareá península de Yucatán. Fué este grupo el que constituyó el Antiguo Imperio Maya, cuyo asiento principal estaba en las márgenes del Usumacinta y que se extendió por lo que hoy es Guatemala y Tabasco hasta el Petén en Guatemala y parte de Honduras. Al ascender a Yucatán floreció en el Nuevo Imperio, con las maravillosas construcciones de las que han quedado muestras en Uxmal, Palenque y Chichen-Itzá.

Quizá no existió ese pueblo de agricultores errantes; tal vez no fué una sola tribu ni una teocracia errante, la que avanzó enseñando el cultivo del maíz. Puede pensarse también que la enseñanza de ese cultivo, tan útil y benéfico, fué propagándose a través de los grupos

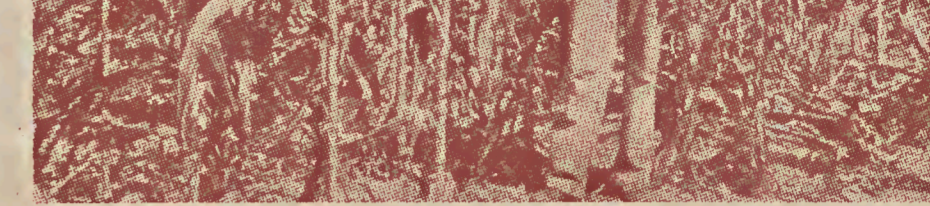
humanos que habían quedado diseminados en el Continente al desplazarle la gran corriente migratoria que lo invadió desde el Norte hasta el Sur; pero de cualquier modo el cultivo del maíz fué como un tronco vivo que se tendió en América lanzando a un extremo y al otro sus ramas vigorosas. Ascendió a las montañas del Cempoaltepeltl, y en esa región todavía istmíca, pero más continental, impulsó la civilización mixtecozapoteca que tuvo su expresión en los grandes palacios y tumbas que se admiran en Mitla y Monte Albán. Cuando el cultivo del maíz llegó al altiplano, lanzó otra rama hacia la región de los Xicalanga y allí nació la civilización tarasca que floreció más tarde en la región de Michoacán. Por el oriente, hacia el Golfo de México, también se tendió otra rama de este tronco, que enraizaba en el Sur, y creó la civilización totonaca.

De allí hacia el Norte la huella de ese tronco se pierde. Es indudable que el cultivo del maíz logró atravesar el mar e invadió las Antillas; quizá por allí llegó hasta la Florida; pero lo cierto es que se introdujo en el Valle del Mississippi, alimentando la civilización de los « mont-builders » que extendieron sus cultivos en la llanura norteamericana, construyendo sus cosechas de las incursiones de las tribus alvajeras. De esto surgió una nueva actitud de los agricultores. Convertían sus arcos y sus flechas destinadas a la cacería en armas de combate contra las tribus invasoras, y organizaban una nueva teocracia guerrera, aunque no se unificaban totalmente, sino se dividían en una especie de señoríos que desde sus fortalezas de tierra organizaban la batalla de las tribus bárbaras, logrando muchas veces someterlas y obligarlas a trabajar en la agricultura y en la construcción de las



pirámides que establecían el sistema de defensa entre los señoríos. En las noches se encendían las fogatas que anunciaban el peligro y corría la noticia de una a otra de las pirámides a fin de que los señores de las fortalezas aprestaran sus hombres a la defensa.

Este sistema de guerra y esclavización contribuyó a civilizar a las tribus que se sometieron y que aprendieron el cultivo del maíz. Con el tiempo algunas de esas tribus sometidas se emanciparon y huyeron de la servidumbre, generalmente hacia el Oeste, donde encontraron las mesetas entre el Gila y el Colorado, estableciéndose allí para iniciar la agricultura sedentaria y creando un nuevo centro de civilización que más tarde se llamó la Vieja Tiapallan (Huehuetlapallan), origen y centro de la civilización nahua, que pudo crear una cosmogonía y una cronología y agrupó en un gran conjunto las tribus integrantes de esa raza, que concibió también una religión nueva, superior a la zoolátrica que profesaban las tribus nómadas, con el culto del sol y de los astros. Esta civilización que — excepto las habitaciones colectivas que se llamaron Casas Grandes — no dejó muchas huellas en la historia, prosperó en la región de Chicomostoc, dejando sólo en la leyenda de la raza la traza de los trabajos y las penalidades que sufrieron en el transcurso de su vida colectiva. Los cuatro soles son una historia sintética, y simbólica de esos esfuerzos. Primero el Sol de Agua, en que la Diosa de la Falda Azul envió el territorio con la tragedia de sus inundaciones; después el Sol de Viento, en que la Serpiente Emplumada sopló sus



huacanes; más tarde el Sol de Fuego, en que el Dios Amariuo sacudió su penacho de tezontle cuando los terremotos y las erupciones destruyeron las conquisas de la raza. Al concluir cada una de estas trágicas etapas, el pueblo nahua resurgía y continuaba su labor civilizadora. Así llegó por fin el Sol de Tierra, el de la prosperidad, cuando la Diosa de las Flores se cumpia entre sus ramas florecidas, sobre el rosa de los campos, donde los hombres y las mujeres agitan banderas de alegría y cosechan las flores y los frutos. Pero después de esa etapa de felicidad surge la nueva catástrofe, el Quinto Sol, que lleva a la raza a la desintegración; el Sol de la Discordia, hecho de odios y de sangre. Y aquella raza, que había podido resistir en tres ocasiones el ataque desencadenado de los elementos, no puede detener la corriente de cieno y de sangre, que nace de los corazones de los hombres, y se desorganiza, se disgrega, a causa de la guerra civil, de la envidia y la discordia, que los pone a merced de las tribus bárbaras — los apaches y comanches —, que siempre los han atacado, pero que ahora resultan victoriosos. El Imperio Tlalpaiteca se disgrega y sus tribus emigran hacia el Sur, llevando sólo las enseñanzas que les dejara su cultura; su cronología, su cosmogonía, su religión del Sol y de los astros, sus conocimientos sobre el cultivo del maíz y la excelencia espiritual de su leyenda mística, síntesis y símbolo de sus esfuerzos civilizadores. Así fundaron Aztlán, probablemente situada entre Sonora y Sinaloa del México actual, y de allí partieron, en una marcha que también duró siglos, fortaleciendo sus armas de combate y su técnica guerrera; pero haciendo al mismo tiempo que sobre las llanuras elevaran las milpas el verdor de sus hojas retinervadas, entre las que brillaba el penacho dorado de sus mazorcas. Ese emblema fué el que puso sobre su cabeza la diosa Centeotl, que simboliza sus cultivos y, tras ese penacho como guía, la raza, que ahora venía del Norte, llegó hasta el altiplano para unirse con otra raza que aproximadamente once siglos antes, partía desde el Sur y había nutrido con la savia de su tronco, en su marcha fecunda, muchas civilizaciones, aun la misma que floreció en la raza nahua, que ahora venía del Norte.

Esa raza del Sur puede identificarse en la historia con el nombre de los vixtotl, palabra que en nahua corrupto significa « Pájaros del Sur » y en maya puede traducirse por « montañeses ». Fué la que construyó las pirámides de Cholula y Teotihuacán; la teocracia que la presidió fué conocida por el nombre de su representante Xelhua, a quien se atribuye precisamente la construcción de esas pirámides. Once siglos más tarde, cuando la raza nahua emigraba del Norte y ascendía al altiplano, la misma raza del Sur, o la que seguía su tarea civilizadora, era conocida con el nombre de Ulmeca, así llamada por los nahos, porque venía de la región del « ull » o hule y se asentó en la región del « metl » o maguey. De la unión de esas dos corrientes migratorias, la del Norte y la del Sur, fundadas en el altiplano, nació sin duda la civilización Tolteca.

Las dos razas conocían el cultivo del maíz, pero unieron sus experiencias. La raza del Norte tenía la sabiduría que le habían dado sus esfuerzos para dominar los elementos, la del Sur atesoraba las enseñanzas que había adquirido a través de varias generaciones en su larga marcha a lo largo de todo el Continente. Al fundirse prevaleció la cronología y la cosmografía de la raza del Norte, y su religión del sol y de los astros se impuso

sobre los cultos zoolátricos de las tribus del Sur. Fué el nacimiento del nuevo sol de la raza tolteca, en el que perecieron en el rojo « teutezcalli », en la hoguera encendida por el fuego de la nueva creencia, la culebra, la lebre, el lagarto, entre otros dioses de las razas del Sur, amenazados por las flechas de oro que partían del sol. Fué el triunfo del sol de oro, « Tonatiuh », sobre la diosa « Itzapapáotl », la matiposa de obsidiana, el polvo de cuyas alas inundó el cielo en su tenue brillo en la aurora de la nueva venida. Sólo un dios pudo salvarse de esa matanza, fué « Xolotl », el maíz, « que se escondió bajo las verdes cañas ». Es que ese culto era común a las dos razas, es que una y otra debían a su cultivo la civilización y así lo entendían. Per eso el culto de la diosa Centeotl, que lleva como penacho en la frente una mazorca con sus flecos de oro, es común en una o en otra advocación, a todas las razas de América.

La civilización tolteca también se desintegró, siguiendo el fatalismo de la raza, que esperaba la catástrofe al concluir cada sol, y nuevamente las pasiones y la envidia, la discordia y la sangre destruyeron el gran imperio desmembrándolo, y quedando como restos de él, las tribus chichimecas, subterráneas y cruces, que fueron, sin embargo, de acuerdo con la etimología de su nombre « la ubre y la nodriza » de todas las demás tribus que poblaron el territorio, resto de las civilizaciones del Norte y del Sur — los Xochimilca, los Acolhua, los Chalca, los Tlahuica, los Tlaxcalteca, los Tepaneca — que formaron los reinos y señoríos que encontraron los conquistadores, sometidos en su mayor parte a una pequeña tribu que, tal vez procedente de una isla del Río Mezcala, avanzó en marcha de siglos hasta llegar a asentarse sobre el Lago de Tenochtitlán, donde una águila, posada en un nopal, devoraba una serpiente, y fundó el vasto imperio mexicano o azteca que extendió sus dominios hasta el Golfo por el Oriente, hasta Centro América por el



EL FANTASTICO BOLONIO

por *Alfonso Vidal y Planas*

— Usted sabrá, de seguro, que existe Socuéllamos, ¿no? — me preguntó de pronto el amigo Bolonio Barrachina en un viejo gate de la Puerta del Sol.

— ¡Ay, Puerta del Sol de Madrid! ; Como te llevo en el alma por esos mundos del destierro!

— ¡Hombre, claro que sé que existe Socuéllamos! — respondí a Bolonio Barrachina — Es una nonrada y tranquila villa de la provincia de Ciudad Real.

— Eso no importa al caso — dijo Bolonio, mientras removía con la cuchara la villa en el fondo del vaso de café —. Lo que sí importa es que en Socuéllamos hay una estación de ferrocarril, y que esa estación de ferrocarril de Socuéllamos tiene un andén...

— ; Por supuesto! — afirmé, convencido.

— Que conste — aclaró el gran Bolonio — que todavía no he empezado a contarle nada de lo que me sucedió en Socuéllamos la tarde del Domingo de Ramos de hace tres años. Lo de la estación de ferrocarril y el andén de la misma se lo he contado sólo como detalles. Es necesario hacer composición de lugar. Esa estación de ferrocarril y ese andén fueron el escenario de lo que me sucedió en Socuéllamos la tarde del Domingo de Ramos de hace tres años...

— ; Por la santa lanzada en el sacratismo costado de Cristo! — le imploré — ; Cuenteme ya lo que le sucedió a usted en Socuéllamos la tarde del Domingo de Ramos de hace tres años!

— Estoy ansiosísimo de saberlo!... Bolonio Barrachina sonrió. Llevóse después a los labios el borde del vaso de café, tomó un ligero sorbo del gustoso líquido, volvió a dejar el vaso sobre el blanco mármol de la mesa, y me mostró con gran orgullo su mano derecha, que, por lo fina, mas parecía de santo o de carterista que de boxeador o cosa parecida.

— ¿ Ve usted esta mano? — me preguntó, acentuando la sonrisa.

— ; Claro que la veo! — le contesté. — Pues, con esta mano — me aseguró Bolonio —, la tarde del Domingo de Ramos de hace tres años, pegué una terrible bofetada al hombre más hombre del mundo, en el andén de la estación de ferrocarril de Socuéllamos.

— ; Oh! — exclamé, turulado de asombro — ; ¿ usted?... — ; Si, señor! ; Yo! ; Bolonio Barrachina!

— Y, precisamente, ¿ al hombre más hombre del mundo?... —

— ; Escuche! — me rogó Bolonio Barrachina —. Yo había ido a Socuéllamos a visitar a mi tía Gertrudis, que tiene en dicho pueblo una gran pastelería y confitería, la más importante de todas las de aquel lugar... No crea usted que yo quiera mucho a mi tía Gertrudis. Tiene un carácter tan raro! Lleva siempre una piedra en la mano para tirársela al primer perro que vea, no sólo cuando ella está en la tienda, siempre atisbando la calle a través de la puerta de cristales, sino hasta cuando va a misa o a la novena. Odia a los perros porque dice que se le orinan en los saquillos del cacao para el chocolate, amontonados en el sótano. ; No, a mi tía Gertrudis no la quiero, porque es una maniática! Pero tengo la debilidad de los pasteles. ; Oh, cómo me gustan! Si este mundo, en vez de ser de cieno, fuese de bizcocho y crema, ya me lo hubiera comido. Y, por eso, siempre que puedo, me voy a Socuéllamos a visitar a mi tía Gertrudis, esto es a atracarme de pasteles. Lo primero que me dice mi tía al verme llegar de Madrid, es lo siguiente: « Dinerito no me pidas, que no te lo daría ; pero puedes comerme todos los pasteles y confiterías que quieras. Yo sé que, si como tía no me tragas, en cambio como pastelería y confitería me admirarás una enormidad, y eso me enterece. Conque endulzate la vida cuanto gustes ». Y yo había ido a Socuéllamos a eso ; a endulzarme la vida, que siempre es demasiado amarga! Y allí me estaba, atracándome de pasteles a todas horas. Y llegó el Domingo de Ramos de hace tres años...

— ; Gracias a Dios! — exclamé, interrumpiéndole —. Bueno, siga ; y ¿ qué pasó el Domingo de Ramos de hace tres años?

— Pues pasó que me dijo mi tía Gertrudis : « ; Hoy es Domingo de Ramos! ; No te atreverías tú solo, sobrino, con este ramillete para seis? » ; Y aunque fuera para doce! — respondí —. ; Venga! ; Hay que celebrar las magnas fiestas! » Y, después del atracón, salí a pasear. Consulté el reloj. La una y media de la tarde! Faltaba media hora para que pasase por la estación el tren

YO creo siempre a ciegas al gran embustero Bolonio Barrachina, porque Bolonio Barrachina, que miente más que habla, no cuenta cosa alguna que, por lo extraordinaria,, no merezca haber sucedido.

Y para mí, que tengo ideas propias, lo extraordinario que no ha ocurrido es mucho más verdadero que lo vulgar que ha pasado, pues que la verdad debe apreciarse por su valor, como todas



las cosas, y, por lo mismo, más hay que creer en la mentira que valga ser verdad que en la verdad que valga ser mentira. Por eso, repito, creo siempre a ojos cerrados todo cuanto me cuenta el fantástico Bolonio Barrachina del cual les diré, de añadidura, que, a pesar de no decir nunca verdad, es hombre que jamás miente, porque cuenta siempre magníficas trolas, falsas como duros que, en vez de plata, fuesen de oro...

expreso, sin detenerse. Era ya, pues, la hora de pasear por el andén de la estación. Y hacia allí me dirigí. Llegué cansado, y me senté en un banco. Un caballero que se paseaba de prisa y nerviosísimo de un extremo a otro del andén, me dió sin querer un terrible pisotón en el callo del pie derecho. « ; Bru-tón! — le grité, enfurecido por el dolor — ; ¿ no tiene usted ojos, bestia? »

gracias a ello, y nada más que gracias a ello, se ha podido saber que un altavoz es un amplificador, graduable a voluntad. Los « speakers » de ciertos espectáculos públicos celebrados en reducido local, usan una bocina ; los gramófonos, tienen la suya. Y en cuanto a los aparatos de radio, la amplificación se efectúa por vía eléctrica. Sentadas estas premisas, y teniendo en cuenta que no hay causa sin efecto, ni cosa buena en España que no sea obra personal del caudillo, prosigamos.

— ; Digame! — pregunté al gran Bolonio Barrachina —. ¿ Está usted seguro de que el expreso Madrid-Barcelona pasa por la estación de Socuéllamos? — ; Eso no importa al caso! — me respondió el inmenso Bolonio.

Eutrapelias

LA INSONORIZACION

por P. Calderón de la Rambla

LOS ruidos callejeros son una plaga de los tiempos actuales, cuyos efectos se notan principalmente en las grandes aglomeraciones urbanas y, por lo tanto, en Madrid. No hace mucho, el especialista de cuestiones municipales del periódico « Arriba », Enrique de Aguinaga, citaba como uno de los de los principales « productores de ruidos » (la palabra « productor » está de moda en el Reino Católico y Social, fundado por Hitler y Mussolini) a los automóviles, motocicletas y otros vehículos de motor. Es lástima que no citara también como causante de ruidos molestos a su camarada José Antonio Gironcillo de Velasco, cuyos 98 kilos están « amenazados » por un vozarrón de padre y muy señor mío. Sus discursos, llenos siempre de la más quintaesenciada coba para el caudillo, no causan, que sepa yo, perturbaciones atmosféricas, pero sí, ruido molesto, ya que es hombre que gusta de proclamar su sinrazón a grito pelado.

Pero si el ruido callejero es una plaga, el régimen franquista no admite competidores en ningún ramo de su múltiple actividad. Partido único, sindical única, prensa única, religión única, y, naturalmente, plaga única, también. En la España Nacional no puede haber más plaga que el régimen del caudillo. ¿ Estamos? Ahora bien, como que al ruido callejero resultaría un poco difícil meterlo en la cárcel, se trata de aplicarle la censura. Habrá ruido, pero el pueblo no se enterará de ello ; lo mismo, exactamente lo mismo que no se entera de muchas cosas que ocurren dentro del « reino » y fuera de él, sobre las cuales, la prensa intervenida hace un completo mutis.

El caudillo, parece ser que encargó a los eminentes profesores del C.S. de I.C. E.P. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas Estupendamente Pagadas) la eliminación de los ruidos molestos y esta centuria de sabios colaboradores... en el presupuesto, ha encontrado ya la solución.

Si el ruido de los discursos del tribuno laboral y palentino antes nombrado, entra de lleno en la categoría de lo inevitable — por lo menos hasta que el caudillo le haga pasar a la reserva, caso que Gironcillo teme mucho y por ello arrecia su lluvia de piropos a « Su Excelencia » —, el ruido de los automóviles pudiera haberse combatido con disposiciones puramente municipales. Pero el conseguirlo estaba al alcance de cualquier ayuntamiento de las fracasadas

democracias de Occidente, y el gobierno del caudillo, a menos de desacreditarse, no podía aceptar una tan fácil solución, como es la de exigir que los vehículos, a su paso por la ciudad, cumplan las ordenanzas que constan entre las disposiciones de muchos Ayuntamientos.

Además, si para resolver los problemas se acoge uno a la primera solución de « a la pata la llana », ¿ para qué serviría el Consejo Superior de Etc., Etc. ? Porque hay que tener presente que son sabios ilustres, cuyo más reciente descubrimiento es el del perejil sintético, que resultará mucho más barato y oloroso que el que se cultiva en las huertas.

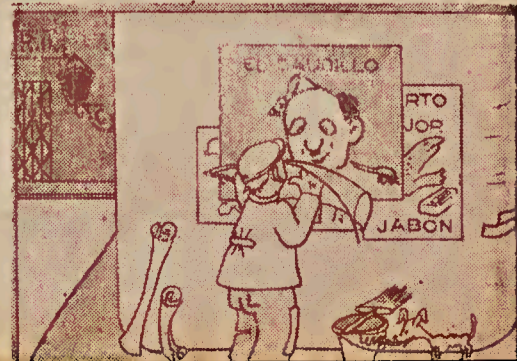
Según se me indica, los sabios de referencia han ofrecido dos soluciones. La más importante de ellas es la emisión de unas ondas eléctricas, capaces de absorber los ruidos con la misma efectividad con que los falangistas absorben de los presupuestos estatales, para-estatales, provinciales y municipales a qué tienen acceso. Aclararé que estas ondas se emiten enteras, no a cachos, porque de ser así, debiera llamárselas « cacho de ondas », o, por abreviación, « cachondas ». Y convéngase en que la cachondez o la cachondería no rimarían bien con el prestigio del Consejo Superior.

La otra solución, es todavía más ingeniosa, si cabe. Para ello se ha partido del principio del altavoz. Gracias a que el caudillo, desde 1936 hasta 1939 trabajó horas extraordinarias para salvar a Europa de las garras del comunismo,

Si una bocina de forma ordinaria sirve para amplificar la voz, la solución para conseguir lo contrario, parecía elemental : se coge una bocina, se le da vuelta como a un calcetín... y ; ya está! ¿ Más fácil? ; Imposible! Pero había que « caer » en ello. Y los sabios del Consejo Superior, cayeron de lleno.

Pero, aún hay más, porque en el comer, en el rascar y en el inventar, todo es empezar. Los « ases » de la Ciencia y de la Investigación que forman el Consejo Superior, no son hombres que se duerman en los laureles. Y han inventado un tercer dispositivo, puramente individual, de uso personal, y no muy visible. Ya es sabido que los sordos y aun ciertos tenientes, llevan un diminuto auricular en el oje. Es decir, en el hueco de la oreja que comunica con el pabellón auditivo, lo que les permite oír, a menos que en algún caso opten, decididamente, por hacerse el sordo, como lo viene haciendo el caudillo tantas cuan-

● Pasa a la página 12 ●



La escena

Jeanne au bûcher

TEATRO DE LA OPERA. PRESENTADA POR ROBERTO ROSELLINI, CON INGRID BERGMAN Y ROBERT VIDALIN.

ERA válida, sin duda alguna, la concepción de Jan Doat que, en su creación, hacía evolucionar el « misterio » de Claudel y Honegger en el marco de un decorado único — resplandeciente y claro como una luminaria —, mostrándonos a Jeanne inmóvil, atornillada a su hoguera hasta el último instante, es decir, hasta que, rompiendo sus cadenas, se libera de la Servidumbre terrenal... De igual modo, la idea — « nueva concepción » — de Roberto Rosellini está justificada. Este se somete con toda naturalidad al estilo cinematográfico y aprovecha el sistema de proyecciones, con toda la maquinaria del palacio

Jarnier, para presentarnos una pastorela en movimiento continuo y franqueando con paso decidido o doloroso cada una de las etapas de su aventura.

Hay que agradecer al cineasta italiano el haber evitado ciertas materializaciones — la aparición de santos y de la virgen — que inficionaban la precedente presentación, aun siendo ésta notable desde el punto de vista poético.

Rosellini, sin embargo, no ha estado acertado al colocar los coros en los prosencios: las voces de mujeres y hombres, separadas por toda la longitud de una vasta sala, no concuerdan siempre en el ritmo y producen, además, sonoridades crudas y brutales que el compositor, sin duda, no debía desear.

¿ E Ingrid Bergman ?

Físicamente, Ingrid es Jeanne, buena y sana campesina, mas muy distinta de lo que fue la admirable Claude Nollier, a la cual no nos ha hecho olvidar.

No es, desde luego, el acento lo que ha podido desmerecer a la célebre estrella, sino sus entonaciones que, en los pasajes líricos — numerosos — carecen de musicalidad y precisión. Su voz es bonita y cálida, pero insuficientemente trabajada, pareciendo a veces gritona, vale decir vulgar. Añadamos que la obstinación « dinámica » de Roberto no ha favorecido siempre a Ingrid, sino, al contrario, le impuso una agitación excesiva.

La nueva Jeanne tuvo, no obstante, momentos de real emoción, cual aquel en que, reviviendo en espíritu su infancia lorena, se une a la rueda de cuatro niñas, o el otro en que,

yendo hacia la hoguera, bosqueja, ella sola, la misma danza infantil.

Y dicho esto, la presentación ideal de Jeanne au boucher está aún por encontrar.

L. ALGAZ.

María Casares

en el festival de Aviñón



INDICAMOS en nuestro precedente Suplemento que, con motivo del Festival de Arte Dramático de París, había de intervenir una compañía española — la del Teatro Lope de Vega, de Madrid — a cuyo cargo se representaría « La vida es sueño » de Calderón de la Barca. Habíamos pensado reseñar ampliamente en el presente número la actuación de estos compatriotas, mas, en verdad, no merece la pena, pues de todos los elencos extranjeros que han pasado por la escena del teatro Sarah Bernhardt, el español ha sido — sin que pueda explicarse — el menos afortunado. Nos cabe, en cambio, la satisfacción de registrar un éxito que compensa aquel fracaso y aludimos a la actuación de María Casares, recientemente incorporada al TNP (Teatro Nacional Popular) en el festival de Aviñón. Intérprete de « Macbeth », acompañada de Jean Villard, ha triunfado, como suele decirse, en toda la línea. La crítica es unánime en el reconocimiento de los méritos de nuestra compatriota.

Arriba: María Casares y Jean Villard en una escena de « Macbeth »

A la izquierda: Ingrid Bergman

La pantalla

LA PORTE DE L'ENFER

FILM JAPONES. GRAN PREMIO DEL FESTIVAL DE CANNES. INTERPRETES: HASEGAWA KAZNO Y KYO MACHI-KO.

LA curiosidad suscitada por « La porte de l'Enfer » era bien comprensible. Premio de Honor en el Festival de Cannes, esta película tuvo un tiempo pendiente a los aficionados del séptimo arte, ansiosos de comprobar los progresos de la producción japonesa y compararla con el cine occidental. En este aspecto, desde luego, « La Porte de l'Enfer » ha causado sensación, y, como en justicia manifestaron distintos críticos, representa, mejor que ciertas cintas americanas, abundantemente anunciadas, una lección de fineza y de dignidad.

De todos modos, « La porte de l'Enfer » deja algunas dudas por el carácter típicamente oriental de su argumento. Acostumbrados a la facilidad de los temas que ofrece el cine mercantil del Occidente, los espectadores han podido juzgar un tanto confusa esta película basada en una leyenda nipona del siglo XII. Pero, en verdad, la trama se desarrolla convenientemente y se hace comprensible desde sus primeras imágenes, o sea desde que surge el pronunciamiento y, estando amenazada la imperial familia, sus adeptos, los samorinos, se empeñan en salvar a la hija del emperador.

El ritmo de la cinta es, a pesar de la particularidad del asunto, rápido y lógico, culminando la acción con la derrota de los insurrectos y la aparición de esa tragedia de sabor clásico en que interviene el amor apasionado junto a una especie de fidelidad llevada al terreno de lo heroico.

La policromía de la película es excelente. Bonitos de por sí los colores, ofrecen combinaciones verdaderamente estimables. Eso sería ya suficiente para elogiar la producción, mas, de otra parte, merece ser señalada por la interpretación, especialmente en cuanto a la actriz Kyo Machi-ko y el primer actor Hasegawa Kazno.



En la primera quincena de julio, se presentó en el Olimpia, de París, el conjunto de María Navarro, la simpática « vedette » de la Radio, obteniendo un gran éxito de público. Conjunto bien organizado, donde no sólo la « vedette » es figura y donde el acompañamiento juega su papel. María gana cada vez más la « gran clase » y de su « ballet » cabe citar a León de Lara, flamenco de gran estilo, así como Joselito, de figura graciosa y estilizada. Entre bastidores, adivinamos la mano del maestro Alcaraz. El pianista Rodríguez, majestuoso y dinámico.

José Reyes, bailarín español, antigua « vedette » de Varna en el Casino de París, nos anuncia que se prepara intensamente para reanudar su profesión interrumpida momentáneamente, por circunstancias particulares, ya que dispone de ofrecimientos de contratos para Suiza, Bélgica y Holanda.

Salvador Vargas envía un saludo a los lectores del Suplemento, desde el teatro de San Carlos de Nápoles, donde actúa en recital.

DELFORO.

KYO MACHI-KO Y HASEGAWA KAZNO, protagonistas de « La porte de l'Enfer ».



DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

A Rosario.

« **N**ECESITO la inmortalidad de mi alma — dice el gran Unamuno — ; necesito la persistencia indefinida de mi conciencia individual ; sin ella, sin mi fe en ella, no puedo vivir, y la duda, la incredulidad de que haya de obtenerla, me atormenta. »

Grito irrefrenable del genio creador que se resiste a diluirse en el infinito, que no puede resignarse a la desaparición total del espíritu y que lo disocia, instintivamente, de la carne perecedera y vulnerable, material y despreciable. Y, alzándose rebelde contra la razón del naturalista, nuestro nuevo Quijote va a la lid, lanza en ristre, en defensa de arbitrariedades viriles y rotundas : « Y como lo necesito — sigue diciendo — mi pasión me obliga a afirmarlo y a afirmarlo arbitrariamente. Por eso cuando quiero hacérselo creer a los demás, hacérmelo creer a mí mismo, violento la lógica y me sirvo de argumentos llamados ingeniosos y paradójicos por los pobrecitos hombres sin pasión que se resignan e disolverse un día completamente. »



Magnífica esta pasión nuestra tan ibérica, tan personal, esta pasión que pare locos sublimes, pintores trágicos y fuertes, místicos excelsos, poetas profundos. Magnífica la causa generadora de tan grandes pasiones : nuestra tierra rosca e inmisericorde que más madrastra que madre cincela las almas y las vuelve férreas, acomodándolas al dolor, a la miseria, a la lucha, a la meditación transcendental.

Las tierras fértiles, los cielos suaves

y llorones no paren más que almas débiles, hechas para vivir y no para morir, como dice nuestro gran vasco. Y al fin, si para morir nacemos, los muelles y epicúreos yerran lamentablemente aturdiéndose, emborrachándose de vida como si no fuera la vida un sueño corto del que fatalmente hay que despertar.

Bossuet es una admirable excepción en la plácida y superficial filosofía de la dulce Francia. Bossuet y Pascal destacan sus siluetas poderosas en las filas

por ISABEL DEL CASTILLO

de nuestros pensadores de la muerte y parecen avanzar por el camino del total misterio, andando, hombro con hombro, con Calderón, con Jorge Manrique, con Teresa de Avila, con Séneca, el romano español. Y tan identificados van sus ensamientos que apenas si se distingue el creyente del ateo, el místico del racionalista.

Oigamos a Bossuet : « Eh quoi ! homme, pouvez-vous penser que tout soit corps et matière en vous ? Quoi ! tout meurt, tout est enterré ? Le cercueil vous égale aux bêtes et il n'y a rien en vous qui soit au-dessus ? »

Es el grito de Unamuno expresado con la misma virilidad, con igual ansia de lucha, casi con la misma pasión. Es la necesidad de defender el « yo » inmaterial que engendra ideas, mueve la pluma, inunda de ternura, engendra rencores, ese « yo » en fin que, como dice el « Crispin » de nuestro teatro, « no puede acabar cuando la farsa acaba ».

Preocupación cumbre también en Pascal que escribe : « Je ne sais ce que c'est que mon corps, que mes sens, que mon âme ; ET CETTE PARTIE MEME DE MOI QUI PENSE CE QUE JE DIS, ET QUI FAIT REFLEXION SUR TOUT ET SUR ELLE-MEME, ne se connaît non plus que le reste ».

Ante el supremo misterio, ese que nos arranca sin remisión no sólo la presencia tangible de un ser que amamos — los rasgos amables de un rostro familiar, el calor afectuoso de la mano que apretaba la nuestra — sino lo más bello, lo más inapreciable, lo más ignoto — ese alma impalpable y discutida que era sin embargo la razón profunda que nos hacía distinguir aquel ser de otro cualquiera, y preferirlo entre mil seres aparentemente semejantes —, ante el desesperante mutismo del cuerpo convertido en estatua, prodigiosa, admirablemente indiferente ante nuestras dudas miserables de hombres vivos, hay que pensar con el cerebro de Unamuno, de Bossuet, de Pascal, de todos los que consagraron su existencia — corto paréntesis abierto entre dos eternidades — a la meditación de lo desconocido y al desprecio de nuestra pasajera insignificancia.

Y como ellos — como los más apasionados y, seguramente, los mejores — hemos de gritar : « necesito la persistencia indefinida de mi conciencia individual ; sin ella, sin mi fe en ella, no puedo vivir ».

pido de indiferencia la razón misma, una especie de instinto defensivo que lo vuelve ciego y sordo, insensible y amorfo.

Pero miento, esa morfina instintiva no es misericordiosa : es criminal. Criminal porque sólo meditando en la muerte puede darse justo valor al milagro de la vida. Ese milagro que desconocemos y que debiera imponerse a nuestro raciocinio como algo sagrado de que, en ningún caso, nos es dado disponer.

Criminal el que va por las calles sonriente, inconsciente, criminal el que nos aturde con carcajadas estúpidas en las terrazas de los cafés, y aun mucho más el que encumbrado por la intriga de la política lanza a la muerte manadas de hombres, condena a la muerte del fuego y la desolación las poblaciones civiles, sitia por hambre, condena al niño al raquitismo y a la soledad. Criminal toda esta sociedad estulta y torpe que se afana en destruir lo que no sabe siquiera en qué consiste y que desprecia, admirando máquinas imperfectas, la prodigiosa máquina del cuerpo humano y la aún más maravillosa del pensamiento.

Si pudiera yo aún creer en alguna ley y si los hombres tan aferrados a sus leyes fueran capaces de estatuir alguna realmente útil, me pronunciaría por la obligación de consagrar unos cuantos minutos cada día a la contemplación silenciosa de un muerto. Y tal vez los corazones más empedernidos, los cerebros más hueros, los apetitos más concupiscentes llegarían a simplificar esta pobre vida, tan corta y tan oscura, borrando de un solo trazo viril y justo del diccionario la palabra horrenda : GUERRA.

¿ Para qué, majaderos, para qué ? ¿ Tan larga es la existencia, tan pródiga, tan fértil, tan útil, tan provechosa, que haya que acortarla aún más, que suprimirla en nombre de cualquier abstracción mortal, tan inexistente como nuestra vida misma ?

Que busque el sabio en su infinita ignorancia los magnos secretos de la vida, que estudie el medio de dulcificarla, de hacer los dolores corporales menos cruentos. Que busque el filósofo y el biólogo la razón de lo que brota y se perpetúa sin razón y el fin de lo que desconocemos. Que la ciencia sirva al hombre en lugar de asesinarlo, que el hombre, la vida del hombre no nos pertenezca puesto que nada sabemos de ella, puesto que el hombre mismo es una incógnita como la naturaleza entera.

Y tal vez buscando, buscando... morirá sólo lo que deba morir : el « sabio » asesino que utiliza átomos para destruir.

No, no. « Necesito la persistencia indefinida de mi conciencia individual », pero para crear, para defender, no para acelerar lo inevitable.

La insonorización

• Viene de la página 10 •

tas veces le han recomendado que liberalice el régimen. Pero así como el auricular ordinario permite a los sordos oír, el del Consejo Superior, permitirá todo lo contrario : es decir, que no se oiga. Y esto tiene una ventaja innegable, no sólo para quienes no quieran oír, sino también para aquellos que no pueden privarse de hacer ruidos. Un ejemplo.

Supongamos que en los salones del acaudalado falangista don Corneliano Corcuera Corconte se celebra una gran fiesta familiar. Se trata de festejar que al dueño de la casa, le ha salido, no la muela del juicio, sino un magnífico par de cuernos, capaces de dejar envidiosa a una cabra de Berbería. Y como que esto no sucede todos los días — por lo menos al mismo don Corneliano — éste reúne a sus amistades. Entre ellas, forzoso es incluir al protector de la familia, un simpaticante del Consejo Superior, quien también es eminencia científica. A él se debe el descubrimiento de las cámaras de bicicleta, ya que se le ocurrió, hace ya muchos años, coger con la mano cierta cantidad de aire y envolverlo con un pedazo de goma, roja o negra. A este ilustre patricio, a causa de sus muchos años, cierta válvula no le funciona bien, y de cuando en cuando, se le escapa de la cámara de combustión algún ruido tan difícil de disimular como al caudillo le costaría presentarse como verdadero demócrata.

La situación era difícil. Pero los señores de Corcuera (don Corneliano), saben hacer bien las cosas. Al sabio profesor se le convoca media hora más tarde que los restantes invitados. A medida que éstos llegan, además de darles la bienve-

nida, de interesarse por su importante salud, de hablarles del tiempo y decir que el caudillo es un estadista genial, se les facilita discretamente un auricular eliminarruidos y se les dice en voz baja el motivo de la entrega. Después sonríen ambos con un gesto de amplia comprensión, y dicen a coro : El pobre don Fulano, no puede evitarlo ; se le escapan, aunque no quiera ».

Después, el ilustre hombre de ciencia hace su aparición y al observar que toda la concurrencia enseña una oreja bien equipada, sonríe satisfecho : su situación no será la precaria del hombre que teme hacer un ridículo más abultado que la tripita del caudillo, al no poder reprimir el escape libre... Gracias a la ciencia de los eminentes profesores del Consejo Superior y a la capacidad organizadora de los señores de Corcueta (don Corneliano), el hombre podrá dar rienda suelta impunemente a todos los cuescos que se fragüen en el interior de su deteriorado organismo. Sonríe, pues, satisfecho.

Yo me pregunto si ante resultados como éstos, que hablan tanto en pro de la capacidad científica de los hombres del Consejo Superior y del caudillo que les nombró, si no habrá llegado ya la hora de organizar un homenaje en su honor.

Porque gracias a estos ciclopes de la Ciencia, Columnas de Hércules de la Investigación y campeones de la degustación presupuestaria, la insonorización, ha dejado ya de ser un problema.

P. CALDERON DE LA RAMBLA.

Una mujer muerta en la que ayer mismo palpataba jovial y tumultuosa la vida es una cosa horrenda, incomprensible e inmensa que nos deja absortos, abochornados de nuestra supina e irremediable ignorancia, aterrorizados también ante nuestro irrecusable destino. Pero cuando muere para dar la vida, cuando se extingue la llama misteriosa de la vida en un cuerpo humano para encenderse en otro minúsculo como para mejor convencernos de que hay que dejar sitio a las nuevas generaciones, el doble misterio es aún más violento, el contraste más cruel y la consciencia de nuestra total ignorancia aún más completa. No — dice la razón —, mil veces no. El que muere y el que nace no son nada. Pasan los dos como un sueño y sólo persiguen fantasmas. No. No. « Inimagine pertransit homo, sed et frustra conturbatur ». « Ainsi l'homme — escribe aún Bossuet —, petit en soi et honteux de sa petitesse, travaille à s'accroître et à se multiplier dans ses titres, dans ses possessions, dans ses vanités : tant de fois comte, tant de fois seigneur, possesseur de tant de richesses, maître de tant de personnes, ministre de tant de conseils, et ainsi du reste : toutefois, qu'il se multiplie tant qu'il lui plaira, il ne faut toujours pour l'abatre QU'UNE SEULE MORT ! »

Una sola muerte, la misma, la inevitable. En verdad Pascal rebosa de razón cuando trata de insensato al hombre que teme las cosas más mínimas, que se desespera por la pérdida de un honor, de una prebenda o de un bien material sin pensar un momento que todo habrá de perderlo con la muerte. « Cette étrange insensibilité pour les choses les plus terribles dans un cœur si sensible aux plus légères, est une chose monstrueuse, c'est un enchantement incompréhensible et un assoupissement surnaturel ».

Hay tal vez en cada ser una morfina misericordiosa que cubre con su velo tu-



GENEALOGIA Y EMBRUJO DE LO VERDE

LEVES GLOSAS LITERARIAS



En la Biblia, el primer signo de bendición sobre la tierra, aparece en los primeros versículos del Cap. 1º del Génesis : « y dijo Dios. Produzca la tierra *hierba verde*, hierba que dé simiente, árbol de fruto que dé su fruto según su género : que su simiente esté en él sobre la tierra. Y así fué. » (Cap. I., vers. 11).

El último de los libros de la Biblia, se cierra con la tragedia apocalíptica. Recordemos el trono que la preside : « y el que estaba sentado, era al parecer semejante a una piedra de jaspe : y un arco celeste había alrededor del trono, semejante a

una esmeralda. En su mano derecha, tiene el libro sellado con 7 sellos. 7 ángeles lo vigilan. »

El verde bendito que surge en el primer capítulo del Génesis, se extingue en el capítulo 8 del Apocalipsis, vers. 7 : « y el primer ángel tocó la trompeta, y fué hecho granizo y fuego mezclado con sangre, y fueron arrojados a la tierra : y la tercera parte de los árboles, fué quemada, y quemóse toda la *hierba verde*. » (Trad. de Cipriano de Valera.)

La Humilde Tierra y el Trono celestial que la dirige, surgen en el libro de los Libros, bajo el signo y el designio de lo verde.

por **JULIO DE HUICI**

Lo verde está inscrito para siempre por el genio griego, en las augustas esferas del Olimpo. Palas Atenea rige y dirige el Universo con la mente clara que espande en sus ojos verdes como el mar, el corazón del mundo. El buho, ave simbólica que ejemplifica la sabiduría olímpica, es ojiverde.

El secreto del color de los ojos de la diosa, nos ha sido prolijamente revelado por el Decano de los Dioses de la Literatura universal. No muchos han traducido su misterio alucinante. Los dos genios máximos de la literatura española, aprendieron y divulgaron, como veremos, su lección.

Una de las deliciosas perifrasis peculiares de Homero, vulgarizadas en todos los manuales, pluraliza en múltiples pasajes la alusión a su Diosa predilecta : « la de los verdes ojos », « la de los ojos verdes ». Este adjetivo verde — sustantivo para él —, gira en danza y contradanza por sus alados versos.



Archisabido es que la literatura latina con egregias excepciones presididas por nuestro Séneca entrañable, no aporta nada fundamentalmente nuevo a la literatura universal. El mundo olímpico greco-romano, presidido ahora por Minerva, sigue atento a la mirada estética y dinámica de sus ojos verdes heredados de Atenea.

El culto del color que a la manera griega repercute en Roma en sus mosaicos, se esfuma ante la irrupción de los bárbaros germanos. La Edad Media enorme y complicada, en su período inicial germánico, se cierra más al color que en las cavernas primitivas. Surge lentamente una luz incierta y errabunda que espande con fulgor universal en la España árabe-judía de los siglos X, XI y XII. A sus pálidos reflejos, el color presidido por la Lábaro verde del Profeta, prolifera. La efígie humana y la figura animal se extinguen. El color se adentra y matiza en prolijos alicatados mozarabes y mudéjares. Esta nueva geometría colorada está presidida por el verde predilecto del Profeta. Los azulejos más valiosos, son verdolagas siempre verdes. Nuevo signo que se adentra por incógnitos designios, y aflora paladinamente en la Edad Media española.



Iniciemos nuestro camino a través de la literatura hispánica, cruzada como ninguna otra coetánea por 3 razas y 3 religiones más semejantes que distintas. En la España judía, árabe y cristiana coinciden como no han coincidido en ningún ángulo de la historia, el Evangelio blanco, la Thora amarilla y el Corán verde.

Se inicia en la liturgia y arte cristiano primitivos, la pintura bizantina. « Post nupbila, Phebus ». Como reacción ante las manidas tinieblas germánicas, el nuevo concepto cristiano de la luz comienza a identificarse con el ansia de conocimiento, intelectual y espiritual. Porque estaba escrito, que « Dios es luz ». *Lumen de Lumine*. El genio dantesco, ejemplifica este concepto de luz

creada que se funde en la increada. Buen conocedor, se apoya en sólidos cimientos. Isaias, San Pedro y San Juan, ilustran entre otros, esta exaltación de la luz que exulta por doquiera en la literatura y en el arte crucial del medioevo. Hoy mismo, en esta época en que afloran curiosos signos medievales, todo escritor apetece adjetivos específicamente dantescos : ágil, lúcido, esplendente.

Sabido es que la luz que ilumina, ciega al propio tiempo. La Edad Media cristiana es en sus mejores trances, una borrachera de luz. Dionisio el Areopagita y el Dante, son sus exégetas supremos. Pero en la liturgia coetánea, ebría de luz pura, blanca, inmaculada, la luz del electrón y del electro, la luz del Sol sin prisma y sin espectro, la luz en que la Grecia está irisada,

El verde que los ojos de Atenea presidieron, sigue cantando su canción — ahora renovada. Si vivir es fluir y devenir, si vivir es esperar la felicidad próxima y lejana, la liturgia identifica en el color verde no sólo como en la hora fugitiva la esperanza, sino el bienestar definitivo, la bienaventuranza.

El color verde que ejerce peculiar hegemonía en la tierra y en el agua, equivale en la liturgia cristiana, a perpetua savia, incesantemente renovada. Lo que va a morir, amarillea. Lo que va a vivir — a revivir — verdea. La interpretación cristiana del destino humano, se basa en el ejemplo de la vida vegetal, donde las semillas amarillas mueren en la amarilla tierra, para renacer con afán impulsivo de verdor vital.



La literatura española medieval como la de sus hermanas neolatinas, apenas reacciona ante el mundo policromom. « El poema del Cid » nos dice que eran bellos los ojos de Doña Ximena su mujer, y de sus hijas Doña Elvira y Doña Sol : En Valencia, desde la torre del Micalet, oios vellidos catan a todas parts...

De Santa María Egipcíaca, sólo sabemos que con el máximo elogio medieval, define a Santo Domingo,

Di Cherubica luce uno splendore,
premió los oios bien conuenientes.

De Tarsiana, la bella juglaresa o el « Libro de Apolonio », nada concreto acerca de sus ojos.

En Alfonso el Sabio, los toques verdes son usuales y triviales. Apunta en sus Cántigas el llamado adjetivo poético que ha de consagrar como nadie Garcilaso de la Vega.

¡ Ay flores, ay flores do verde pino,
se sabedes novas do meu amigo !
¡ ay Deus ! ¿ e hú é ?
¡ ay flores, ay flores do verde ramo,
se sabedes novas de meu amado !
¡ ay Deus ! ¿ e hú é ?

En la « Razón feita d'amor » que es la más antigua flora del lirismo castellano, la doncella que el poeta canta, tiene los ojos negros. Anotemos que las virgenes más antiguas y acreditadas de Navarra, Castilla y Aragón, son pequeñas, morenas y ojinegras.

Berceo, el más antiguo poeta español de nombre conocido, hubiera sido un paisajista consumado, si las circunstancias en que vivió hubieran sido más propicias para ello. Lo es, sin embargo a la manera del seráfico Boticelli :

Yo, Gonzalo de Berceo nommado,
vendo en romería, acaescí en un prado
verde, bien sencido, de flores bien poblado...
...
La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los árboles de temprados sa-
[bores...

Berceo era vasco de la Rioja vascongada de su época. Baroja se lanzó audazmente a proclamarlo como el mejor poeta de lengua española. Es sí, y no es sólo poco, un ingenio y dulce precursor del sentido moderno del paisaje, como los prerrafaelitas italianos.

Berceo por boca de Vasconia y Alfonso el Sabio con lengua de Galicia, cantan. Castilla cuenta. La meseta de Castilla nada dice al bardo de Medinaceli. Al llegar a Valencia, el panorama cambia. Pero qué ven los « oios vellidos » de la mujer e hijas del Cid ?

Miran Valencia, como yace la cibdad,
miran la huerta, que es espesa y grand,
y delant. — a oio —, han el mar,
alçan los oios para Dios rogar.

El poeta castellano ante la gloria de Valencia, la bien ganada, se queda ingenuamente absorto y no se le ocurre cantar como a Berceo y San Francisco, ni pintar como a Boticelli, sino rezar.

La policromía del paisaje y de los oios que lo admiran, no es un tema interesante en la literatura medieval. No es sólo sorprendente, cuando los propios pintores lo desdeñan. Sabemos que eran bellos los ojos de Doña Ximena, Doña Elvira y Doña Sol. Tal vez no sepamos nunca si eran rubias o morenas, y si eran sus oios negros, glaucos, verdes, azules o castaños.

Le directeur-gérant: F. Gómez.

Société Parisienne d'Impressions,
5, rue Saulnier, Paris 9^e

IBEROS y BEREBERES

El tipo que la antropología moderna define con el nombre de cenevolo-occidental (antiguos celtas y celto-liguros) que ocupa una estrecha franja a lo largo de la costa cántabra en la región galaica y asturiana. Y el tercero, el ibero-insular que ocupa completamente el resto de la Península y además todo el mediodía francés hasta la altura de Marsella y de Burdeos inclusive. Las características de estos tres grupos son, pues, definidas así:

1) Raza morena, dolicocefala, de talla pequeña (o ibero-insular). Estatura: 1 m. 61 aprox., cabellos negros, ojos oscuros, piel morena, nariz ordinariamente recta. El índice cefálico medio es comprendido entre 73 y 76. Su dominio geográfico se sitúa en la parte central y occidental del Mediterráneo, principalmente en el sur de Córcega, Sicilia, Cerdeña, Baleares y la península ibérica. Esta raza penetró en algunas partes meridionales de Francia. (1)

2) Raza morena, mesofálica, de gran talla (raza litoral atlántico-mediterránea). Estatura por encima de la mediana; 1 m. 66, cabellos muy oscuros, ojos marrón, índice cefálico 79 a 80. Esta raza parece estar extendida sobre todo en el litoral mediterráneo de España, de Francia y de Italia, mezclada en parte con la ibero-insular. Se la vuelve a encontrar en las costas del Atlántico, en el mar Cantábrico, y en la parte oceánica francesa comprendida entre la desembocadura del Girona y del Loira.

3) Este grupo, muy escaso a pesar de la importancia que los antiguos le dieron — y por donde los historiadores que se han sucedido han llegado incluso a atribuirle una influencia determinante en la formación de los pueblos ibéricos —, pertenece a la raza céltica. Según se desprende de las modernas conclusiones antropológicas y apoyándonos en la obra del profesor Pittard, el celta es un nombre convencional, como lo es el de los arios. Su característica craneana es braquicefala. Los braquicefalos aparecen en Europa, como extranjeros, en el período neolítico, en el cual, así como en los subsiguientes, participaron en la invasión heteroclita del continente y, sobre todo, de Francia, donde se fijan en Bretaña. Otra versión los hace originarios del País de Gales de donde fueron expulsados por los sajones y las tribus que forman la base del actual pueblo inglés, desembarcando en Armórica, a la sazón desierta. Lo cierto es que llegaron a las islas británicas y a Irlanda cuando ya los iberos hacían mucho tiempo que visitaron y colonizaron aquellos lugares. Son más pronto originarios de Germania y de los parajes situados al norte de los Alpes, según acreditan las investigaciones de H. Hubert en su obra sumamente erudita, « Les Celtes et l'expansion celtique ». Sus rasgos antropométricos son: « Raza morena muy braquicefala, de talla pequeña. Estatura 1 m. 63 a 1 m. 64, cabellos oscuros, castaños o negros, ojos marrón. La braquicefalia está marcada por un índice cefálico de 85 a 87 ».

El señor Pittard, apoyándose en los trabajos que llevaron a cabo en la península Aranzadi, Oloriz y A. de Hoyos Saiz, señala que la ausencia de braquicefalos en España es casi completa: los 3/5 de la población presentan un índice comprendido entre 75 y 79,9, lo cual es un señal de homogeneidad que pocos grupos étnicos en Europa pueden presentar.

El profesor aludido, descarta oportunamente toda influencia antropológica y étnica que pudiera suponerse influyente por parte de los grupos invasores sobre los iberos. « Pensamos — dice — que es innecesario orientar nuestras investigaciones hacia de los romanos, antes que hacia los cartagineses, griegos o fenicios ». Y se pregunta — después de entender necesario remontar a poblaciones históricas más antiguas para encontrar la imagen ancestral de los actuales habitantes de España — si los iberos deben ser considerados como el tronco de esos hombres de talla pequeña, dolicocefalos y morenos ». De otra parte, en el capítulo donde explica la fisonomía heteroclita antropológica de Francia, apunta: « Los iberos tuvieron, es muy probable, una potente influencia. Se les considera pobladores de una parte de

(1) El autor no incluye la muy probable penetración en Gran Bretaña y en algunos puntos del Norte de África, como los documentos históricos primitivos nos explican.

El profesor de antropología Eugenio Pittard, incluye en su obra *Las Razas y la Historia* la clasificación que, con respecto a la población ibérica, presentó el profesor Deniker en su estudio sobre las *Razas y Pueblos de la Tierra*, a la que acompaña un mapa comparativo de los tipos antropológicos que pueblan la península, o sea el atlántico-mediterráneo, que ocupa cinco núcleos de población de ínfima magnitud, el mayor de los cuales se encuentra en el sur de España; otro, un poco menor, situado en la región valenciana, y los tres restantes al extremo de la provincia de Barcelona, entre la punta pirineica y el Mediterráneo; en el norte, hacia San Sebastián, y, abajo, entre Andalucía y Extremadura.

la costa atlántica: la región vasca. Se extendieron desde los Pirineos a las islas del Mediterráneo italiano y por todo el litoral del golfo de León. Hoy, en la clasificación antropológica existe una raza ibero-insular. Los portugueses, españoles, franceses del Mediodía e italianos del sur, forman parte de ella. Pero, podemos decir sin preocupación que esta raza es la imagen de la que constituyeron los iberos citados por la historia? »

Como se ve, la cuarta hipótesis, a pesar de la solidez de los argumentos, no aparece completamente concluyente. Es necesario que hallemos un puente que una la prehistoria a la protohistoria, y otro, después, que enlace la protohistoria con la historia.

Por el momento, hemos de convenir, en razón de los datos aquí plasmados,

las montañas de sus territorios respectivos con un análogo e irreductible tesón de independencia. Pero esto es muy secundario.

Yendo a la prehistoria para encontrar la hipotética afinidad, ¿en quién nos basamos? El hombre de Neanderthal deja rastro, por todos los sitios donde se ha situado, de un estado de cultura uniforme según el nivel que su civilización alcanza. Pero ello no quiere decir que las tribus que habitaban en el Mogreb, tengan un parentesco directo de los que vivían en los alrededores de Dusseldorf — en Alemania — o en La Chapelle-aux-Saints — en Francia —. El humanoide ha dejado restos en Berberia hace cuatrocientos mil años, cuando Berberia no era aun Berberia, ni el África, ni ningún continente tenía la configuración física actual. Evolucionará,

por FABIAN MORO

como por los que seguirán, que el mundo llamado latino fué, antes que latino, ibero, y que los habitantes de la península ibérica, cualquiera que fuere el origen de los iberos, forman un bloque etnoantropológico.

El apelativo raza suena mal, naturalmente, en estos tiempos de calamidades nacionalistas y racistas. Hay la raza humana y nada más. La raza es la especie. Mezcla, a través del nomadismo primitivo, de emigraciones mil, de cruzamientos continuos, de invasiones en la prehistoria y en la historia. Pero es innegable que hay grupos etnoantropológicos típicos, ramas de la humanidad que presentan homogéneas características propias, conservadas perennemente a través de todas las vicisitudes, y difundidas, extendidas, manteniendo sus caracteres propios, hereditarios. Sus componentes son, pues, de un mismo origen definible, aunque entre sí, a veces, hayan divergido en los aspectos lingüísticos, culturales o sociales. Para construir la historia, o reconstruir los antecedentes, las andanzas, hechos e influencias de cada uno de esos grupos preponderantes en el concierto humano, es indispensable un denominador común. De ahí la raza nórdica que forma el tipo del « homo europeus » llamado antes equivocadamente, germánico. De ahí también la oriental, la atlántico-mediterránea o la ibero-insular, así como las subrazas turco-mongola, lapona y otras.

En cuanto a la relación de parentesco que pudiera haber entre ibéricos y berberiscos, siguiendo la comparación de los elementos que actualmente la ciencia posee, ella pudo existir en los remotos tiempos de la infancia de la humanidad, antes de las formaciones étnicas definidas. Y aun así encontramos *diversión* en los elementos constitutivos de uno y otro tipo, cuyos factores originales no presentan afinidad más que en pequeño porcentaje. Este, en el tipo premediterráneo, cuando el hombre de Neanderthal, nomada, deambula por los virreinos del Atlas.

Existe, pues, intercambio de relación e influencia recíproca por el factor de la vecindad, apareciendo intermitente en la prehistoria, en la protohistoria y en la historia, y es digno de señalar el de la dominación árabe en parte de la Península, que determina una afluencia berbere bastante importante. Pero a ella, sin dudas, se le ha dado más importancia de la que tiene, sobre todo en lo que respecta a la posible intromisión de carácter antropológico.

Las líneas generales de la historia muestran dos pueblos con dos destinos diferentes, obrando cada uno según su propia personalidad, a pesar de que, en ciertos momentos de la misma, los agentes exteriores — guerras de expansión imperialista — hayan provocado el mismo fenómeno de atrinchamiento tras

rá, como la Tierra y el clima, y de nómada, se volverá cada vez más sedentario, que es así como los tipos efectuarán su definición antropológica y étnica.

El berebere, aunque formado por elementos antropológicos heterogéneos, recogido y hurafío en el arisco sistema orográfico de los territorios donde se fija, adquirirá una fuerte y peculiar conexión étnica. Y así continuará, casi desde los comienzos de su historia, sin que las ininterrumpidas dominaciones que ha tenido su suelo penetraran en su intimidad idiosincrásica. Pero, territorio de tránsito y enlace de la humanidad blanca y de la negra, sus caracteres semánticos presentarán esa particularidad de transición o mezcla, yendo del mestizaje con el negro hasta el tipo casi puramente europeo, nórdico, pasando por el más adecuado al elemento geográfico donde se desarrolla: el mediterráneo.

El « hombre de Rabat » y el de Gibraltar son, pues, análogos en un primitivismo neandertaliano del paleolítico inferior. En cambio, el tipo que corresponde al Cro-Magnon del paleolítico superior llamado « tipo de Mechtan-el-Arbi » presenta una hiperdolicocefalia — señalada en parte de la población actual norteafricana por los antropólogos — y una talla de 1 m. 72. Como se ve, acusa una gran diferencia con el tipo de Langavie-Chancelade — su contemporáneo — habitante de la Península ibérica. Los yacimientos arqueológicos llamados « ibero-manrusiens » pretenden ilustrar cierto parentesco arqueológico que, después ha sido reconocido falso entre Berberia occidental y España. (2)

La vecindad mediterránea y un contacto más o menos estrecho en algunos períodos históricos y protohistóricos han sugerido siempre, a primera vista, una clasificación afin entre iberos y berberes compaginándolos con la afinidad climática de ambos territorios, la correlación del sistema orográfico — en algunas zonas — y geográfico, dando inclusive apoyo lingüístico a tal tesis. Así, H. Hubert, entre otros, señala una supuesta asociación originaria de iberos y berberes, significando la atribución de parentesco entre la lengua berbere y el vascuense, « habiendo dado a esta tesis una forma científica Schuten y sus discípulos y colaboradores, entre ellos Bosch Gimpera » (3)

Sin embargo, C. Julien dice por otra parte: « A despecho de la diversidad flagrante de los géneros de vida en el presente y en el pasado, se descubre en todo ese trozo de Europa adherido al

(2) C. Julien. « Histoire de l'Afrique du Nord », nueva edición, 1951.

(3) H. Hubert. « Les Celtes et l'expansion celtique ».

África (se refiere a Berberia) los elementos originales de una gran unidad humana.

« Esta unidad, sin duda ha sido expresada en el orden lingüístico, no por emplear una lengua rigurosamente idéntica a través de la Berberia, sino por el uso de dialectos próximos entre sí, en quienes el conjunto, que se ha dado en llamar ibérico, constituye uno de los grupos de la familia harnítica, siendo el origen del habla berebere. (4)

Tiene autoridad la tesis según la cual la lengua vasca es el residuo « fosilizado » del lenguaje ibero, si bien Hubert considera que ello no puede afirmarse toda vez que el misterio de la escritura ibérica y tartesa no está desentrañado aún, suponiendo más bien que el lenguaje vascongado se ha conservado inarraigable, escondido en las montañas cántabras con el pueblo que lo habla llegado allí en estado salvaje.

Pero H. d'Arbois de Jubainville, en su profundo estudio sobre « Les premiers habitants de l'Europe », según los escritores de la antigüedad y los trabajos de lingüística cita sobre el particular — en el capítulo que trata del declive de la colonización ibérica en África del Norte — lo siguiente: « Tal vez podríamos volver a encontrar hoy en el África central, siguiendo una hipótesis admitida por M. A. Maury, algunos descendientes de los iberos echados a esos lugares por los berberes vencedores, algunos parientes de los vascos, esos otros iberos que la invasión indoeuropea ha relegado en un rincón de los Pirineos ». Lo que da a pensar que si alguna afinidad hubiera entre berberes y vascos en cuanto al lenguaje, la influencia debe interpretarse exactamente al contrario. Jubainville cita en otro capítulo de la obra: « M. Withney, uno de los lingüistas más distinguidos de nuestra época, (la obra fué publicada en 1850) dice hablando del vasco, o sea del representante moderno de la lengua ibera: « No hay otro dialecto en el mundo que se le parezca tanto, sobre la relación de su estructura, como las lenguas americanas. » (La vida del lenguaje.)

Esta cita está hecha como apoyo documental a la historicidad del pueblo atlántico, que es capítulo a parte. Por el momento señalemos que si los orígenes berberes no pueden ser puntualizados a causa de la oscuridad que cubre la profunda aun insondable de la prehistoria, el tipo empero se define holgadamente con el auxilio de la antropología. Ella nos muestra que es diferente al ibero y al mismo tiempo — que no aparece generalmente homogéneo como el ibero. C. Julien piensa que « las poblaciones que ocupan hoy Berberia son, aun teniendo en cuenta cualquier mestizaje posterior, las mismas que la ocupaban al comienzo de los tiempos históricos » y que las invasiones no han influenciado grandemente en el complejo étnico ni las inmigraciones tampoco ya que éstas, « escalonadas en los tiempos se dispersan en el espacio. Sus características, según el estudio de Bertholon y Chantre, que las clasifican en tres tipos, son las siguientes:

1) Talla pequeña, dolicocefalo, cabello negro, piel pigmentada de rojo-marrón; 2) Talla pequeña, braquicefalo, cabellos castaños, ojos oscuros, piel de pigmentación amarillenta; 3) Talla alta, dolicocefalo, cabellos rubios, ojos azules, piel blanca y rosada. Alterado por el cruzamiento, dos subvariedades: 3a) Presenta los caracteres del anterior pero es braquicefalo; 3b) Mestizo negro con nariz ancha y piel oscura.

Se ve, pues, que el primer tipo presenta afinidades con la llamada raza mediterránea. El braquicefalo con los tipos similares del Asia Menor (Kurdos) y con los de la región de Dordogne en Francia los cuales pertenecen al tipo celta. El tipo « 3 », de talla alta y rubio, con la llamada raza nórdica.

De ese pueblo heterogéneo se busca, sin que hasta hoy se tenga satisfacción, el tipo que pudiera ser originalmente berebere. La autenticidad no se encuentra en ninguno de los tipos constitutivos, pues, como el Dr. Leblanc señala reprochando la nomenclatura expuesta, el tipo primero contiene cruzamiento con el negro antiguo, el tipo segundo es Mzabita, el « 3a », un cruzamiento con el árabe y el tipo « 3b », un mestizo de negro. (5)

En conclusión, estamos un poco lejos de la pretendida afinidad de origen ibero-berebere.

(4) Op. cit.

(5) Op. cit.

LA ATMOSFERA

(Eliseo Reclus)

Sin el conocimiento del hombre y de la geografía en que éste se mueve, se comprenden mal los fenómenos sociales, y no puede ser equitativa su enfoque. Reclus, hombre ejemplar, ha hecho ese estudio en todas sus obras, una de las cuales es « La Atmósfera », cuya lectura no puede ser más grata.

Reclus no fué un sabio a la manera didáctica y pedante. Sin caer en lo vulgar del popularismo, tiene el arte de hacer narrativa su ciencia. Por eso deleita al mismo tiempo que instruye. Como geógrafo nos deja su « Geografía Universal », « La Tierra », en dos volúmenes en lengua francesa, que contienen las obras conocidas de la mayoría de los lectores de lengua española, cual « Los Continentes », « El Arroyo », « La Montaña », « El Océano », etc., y la que presentamos hoy.

Este volumen, dedicado al estudio de los fenómenos atmosféricos, consta de 180 páginas de texto. Precio, 345 francos.

EL TIZON DE LA VIRGEN

(Leo Perutz)

El autor de « La tercera bala », « El Marqués de Bolívar », « ¿A dónde vas, Manzanita? » (inspirada en la revolución rusa), « Turlupin », « Entre nueve y nueve », « Mañana es feriado », « Historia de una noche », nació en Praga en 1884. « El Tizon de la Virgen » se cuenta entre sus últimos trabajos, siendo de los que mejor logran interesar al lector. Desde el primer párrafo, queda un preñido en la sutil pero férrea malla de su trama original y misteriosa.

Decenas de preguntas aparecen a medida que se entra en la zona poblada de figuras caleidoscópicas que constituyen esta novela de Perutz. Pero la respuesta se obtiene en el capítulo final, que ilumina y recorta nitidamente los perfiles de todos los personajes que desfilan en el drama. Un hombre busca a la mujer a través de una existencia de torturas y renunciamentos. Una mujer huye como fantasma por el sendero de la vida, apenas con visos de realidad. Y otro hombre, ya al final, busca la gloria mística mediante un plan demoníaco.

Todos los libros mencionados en esta página figuran en el catálogo de SOLIDARIDAD OBRERA y pueden ser servidos inmediatamente, ya sea contra reembolso o previo envío de su importe por Mandat-Cardé a nombre de A. García C.C.P. 1601-11, París. Debe añadirse, para gastos de expedición, 45 francos en los pedidos cuyo valor ascienda a 500 frs.; 70, para los de 500 a 1.000; 100, de 1.001 a 1.500; 130, de 1.501 a 2.000, y 160, de 2.000 a 3.000. En ningún caso serán aceptadas las peticiones de libros a crédito.

Obra, en suma, violenta, de sangre y de duelo, palpitante en todo su relato. 230 páginas de lectura. Bonita presentación. Precio, 380 francos.

SORGE

(El Espía qui decidió la guerra)

(Charles A. Willoughby)

Legendaria figura la de este espía. Su actuación en los países de oriente lo convirtieron en el organizador de la red de espionaje más importante de la última guerra. Ninguno de los hombres que integraban este servicio eran profesionales. Todos llevaban en sí un pensamiento que constituía su dinámica y estaban compenetrados con la accidentada actividad. Sirven, pues, a una causa con pasión y amor; a ella entregan todo.

Sorge declara en sus breves pero trascendentes memorias: « De no haberle colocado el azar en el camino de la intriga, hubiese sido un erudito ». Nadie como él llegó a dominar los problemas que en aquella época agitaban a China y a Japón. Pero los acontecimientos arrastran sus deseos para hacer de él un espía. Y ahí proyecta su cultura: hombre conocedor de varios idiomas, de una « personalidad » en materia de espionaje. Por primera vez en la historia del mismo — prueba este libro — no se realiza un solo acto de sabotaje. Más que eso interesan los datos estadísticos, secretos de movilización, divisiones en juego, informes de los Estados Mayores. En fin, lo más útil, según parece, para ganar una guerra.

Bonito y elegante formato de la obra. 320 páginas de lectura. Precio, 950 francos.

RUSIA CONTRA EE. UU.

(Bedell Smith)

Un tema de excepcional importancia. El autor pretende mostrar cierta objetividad. Ese es, pues, el valor esencial de este libro, en el cual Bedell Smith ofrece la información de

su experiencia como embajador que fué, durante tres años, en la Unión Soviética. No hay una gran pasión política en el relato, dado que su actuación fué siempre calculada, fría. La sutileza soviética no hace mella en el embajador y trata de enfrentarla con sentido estratégico. Se adapta a la situación eslava y llega a penetrar el secreto de los hombres del Kremlin. Su preocupación es conocer los verdaderos objetivos de la política rusa en el plan internacional. Bedell está convencido que la acción soviética es resultante de su ideología bolchevique y responde a una necesidad nacional con proyección imperialista. Libro documentado y que interesará a todos los que se preocupen de la política internacional.

Un volumen de 300 páginas de lectura interesante; precio, 950 frs.

GRANDES COMPOSITORES

(Catalina Little)

No sólo para los estudiantes de música — en las escuelas especiales, conservatorios y hasta en las escuelas primarias — sino para toda persona de cierta cultura, son impresionables algunos conocimientos y conceptos de educación artística. Con ese propósito, Catalina Little recoge, en el volumen que anunciamos, estudios precisos sobre compositores como Rachmaninoff, Strauss, Sibelius, Stravinsky, Puccini, Humperdinck, Sullivan, Bizet, etc.

La autora presenta en ellos el hombre, su ambiente infantil, el hogar, sus problemas, sus triunfos, además de que analiza el mérito de sus obras. Es una lectura amena e instructiva que debe ser puesta en manos de los amantes de la música y los admiradores del genio, como aliante y como estímulo en los grandes esfuerzos creadores. El libro, de otra parte, contiene retratos a pluma de los artistas mencionados en el texto.

CLERAMBAULT

(Romain Rolland)

El nombre de Romain Rolland constituye hoy un símbolo para las generaciones presentes y futuras. Su clara visión, su inteligencia, su corazón puro, están siempre presentes para demostrar que es posible no « contaminar el alma », por agudas que sean las crisis de conciencia que surgen de la oposición del materialismo y los ideales éticos.

R. Rolland supo reflejar estas ideas en sus obras y en sus personajes, aun cuando la intransigencia sin claudicaciones y su apasionado pacifismo le valiesen ingratos juicios y críticas.

Esta obra, escrita precisamente cuando la paz sobre Europa habíase restablecido, es la historia de una conciencia libre, un verdadero documento autobiográfico que en pensamientos puros y cautivantes refleja los fundamentos del alma.

Un volumen de 250, páginas, buena presentación, al precio de 610 francos.

LOS MIL AÑOS DE ROMA

(Manuel Guerra)

No se puede tener una imagen concreta del mundo actual si se desconoce ese período que se inicia en el Lacio, en el año 753 antes de J.C., y se termina al cabo de un milenio, después de haber visto la formación del más grande poder político de la antigüedad. Su desmoronamiento fué consecuencia del ataque de los bárbaros, así como de sus disensiones internas.

Instituciones políticas, ciencias, artes, leyes, etc., toda la vida romana, en su compleja diversidad, ha dado aliento al mundo de occidente, vivificándolo con su savia. Los mil años de Roma son un ciclo, limitado solamente a efectos de división histórica, mas como empresa humana, ha perdurado, al extremo de que, como testimonio vivo, se llama « eterna » a su capital. Resumen, en fin, esas páginas un período saturado de acontecimientos, cosa que Manuel Guerra ha realizado con éxito.

El volumen, interesante en todos los aspectos, con 180 páginas de lectura, se puede adquirir al precio de 380 francos.

★ BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI »

CLASICOS CASTELLANOS

a 300 frs. volumen.

Santa Teresa : Las moradas. Prólogo y notas de Navarro Tomás.

Tirso de Molina : El vergonzoso en Palacio y El burlador de Sevilla. Prólogo y notas de Américo de Castro.

Garcilaso : Obras. Prólogo y notas de Tomás Navarro.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo I. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Quevedo : Vida del buscón. Prólogo y notas de Américo de Castro.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo II. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Torres Villarroel : Vida. Prólogo y notas de Federico Onís.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo III. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Duque de Rivas : Romanes. Tomo I. Prólogo y notas de Cipriano Rivas Cherif.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo IV. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Beato Juan de Avila : Epistolario espiritual. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

Duque de Rivas : Romanes. Tomo II. Prólogo y notas de Rivas Cherif.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo V. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Arcipreste de Hita : Libro del buen amor. Tomo I. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Guillén de Castro : Las mocedades del Cid. Prólogo y notas de Víctor Said Armesto.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo VI. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Arcipreste de Hita : Libro del buen amor. Tomo III y último. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Marqués de Santillana : Canciones y decires. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo VII. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Fernando de Rojas : La Celestina. Tomo I. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Villegas : Eróticas y amorosas. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

Cervantes : Don Quijote de la Mancha. Tomo VIII y último. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez Marín.

Fernando de Rojas : La Celestina. Tomo II y último. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Anónimo : Poema del Mío Cid. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

Anónimo : Vida del Lazarrillo de Tormes. Prólogo y notas de Julio Cejador.

Fernando de Herrera : Poesías. Prólogo y notas de V. García Diego.

Cervantes : Novelas ejemplares. Prólogo y notas de Francisco Rodríguez M.

Fray Luis de León : De los nombres de Cristo. Tomo I. Prólogo y notas de Federico Onís.

Guevara : Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

PROBLEMAS SEXUALES

Fr.

L. Liacho : Antología de la poesía amorosa universal 570

R. de Gourmont : Física del amor 570

Marg. Crepón : Historia del amor 570

H. A. Stone : Manual del matrimonio 685

M. Hirschfeld : El alma y el amor 535

Ellen Key : Amor y matrimonio 570

Ed. Carpenter : La madurez del amor 570

LOS GRANDES NOVELISTAS

a 190 frs. vol.

J. Verne : Miguel Strogoff. Edgar Poe : El crimen de la calle Morguen.

E. Zola : Miserias humanas. E. Poe : Hist. extraordinarias.

Pereda : Don Gonzalo González de la Gonzalera.

J. Verne : Viaje al centro de la Tierra.

V. Hugo : Los trabajadores del mar.

Hartzembusch : Los amantes de Teruel.

Dostolevski : El sepulcro de los vivos.

J. Verne : 20.000 leguas de viaje submarino.

Carlotte Bronte : Jane Eyre.

L. Tolstoi : Ana Karenina.

Longo : Danfis y Cloe.

Lord Byron : El Corsario y Lara.

Ivan Turguenev : Humo.

Mark Twain : Príncipe y Mendigo.

Núñez de Arce : Cuentos Fantásticos.

BAKUNIN, LA INTERNACIONAL Y LA ALIANZA EN ESPAÑA

por Max Nettlau

Analiza este volumen uno de los períodos (el comprendido entre los años 1868-73) más interesantes de la Internacional en España. Ahí se inicia la división entre socialistas libertarios y autoritarios, hoy agrandada por el bolchevismo, siendo indispensable la lectura de este libro para quien desee conocer el originario impulso que en España tuvo la Internacional.

Un volumen encuadernado en tela : 270 francos.

ESQUEMA DE LA HISTORIA UNIVERSAL

(Historia sencilla de la vida de la humanidad)

por H.G. Wells

Wells traza en este libro un panorama general de la historia del hombre. Para Wells uno es el hombre y uno es el mundo. Su historia es, pues, un intento de síntesis histórica levantada sobre la dolorosa palpación de los tiempos actuales.

Tres volúmenes, más de 1.200 páginas de texto. 1.520 francos.

La Biblioteca de SOLI ofrece a sus lectores una gran variedad de Diccionarios españoles e ilustrados Dicciones bilingües Sinónimos y de la rima Métodos para el estudio de lenguas

Toda suerte de libros técnicos y profesionales (en francés)

Textos escolares y de enseñanza en general.

Puede servirse toda clase de libros en francés, siempre y cuando se especifique debidamente el título, nombre de autor y editorial.

★ BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI »



Una comunidad maldita

LOS JUDIOS DE MALLORCA

por RAFAEL VALENSI

LOS judíos fueron, como se sabe, expulsados de España, su tierra natal, el año 1492 y en virtud del Edicto de la Alhambra, promulgado por Fernando de Aragón e Isabel la Católica. De este modo, los cristianísimos reyes obligaban a unos quinientos mil judíos a que eligieran entre la religión católica y el destierro. La mayor parte, desde luego, prefirieron el exilio o el éxodo antes que la conversión; refugiándose principalmente en los territorios de la Sublime Puerta o bien en Francia, Inglaterra y Holanda. Sin embargo, numerosos adeptos de la fe mosaica se resignaron — por lo cual llamóselos marranos — a abrazar la religión católica.

Los marranos, aun yendo a la iglesia y observando formalmente la fe cristiana, practicaban secretamente la confesión mosaica y transmitían a sus hijos las viejas tradiciones judías. El Santo Oficio los persiguió, pues, de manera implacable; Torquemada, muy especialmente, se hizo célebre por su ferocidad contra miles de judíos convertidos, a los cuales ordenaba fuesen arrojados al fuego en las plazas públicas. Dos siglos le fueron precisos a la Inquisición para imponerse a los judaizantes de la Península, y hasta en estos días, existen católicos de origen marrano que han conservado una religión mitigada.

Estos católicos, en Lisboa, por ejemplo, observan el ayuno llamado del Gran Perdón — que corresponde a la fiesta principal del culto israelita — y ese día es designado por ellos como el Día de Puro Senhor; encienden las velas rituales el viernes santo y, en lengua portuguesa, recitan plegarias muy parecidas a los salmos hebraicos. Claro está que quienes observan este género de marranismo, no siempre conocen el origen de las prácticas maquinalmente repetidas.

Víctimas, pues, de su fidelidad judía, los marranos alimentaron durante más de tres siglos los quemaderos de la Inquisición, a los que se les enviaba como judic-relapsos. Sus bienes, de otra parte, eran confiscados por la Iglesia, la cual, con la caza de herejes, enriqueció considerablemente. Los marranos fueron extinguiéndose progresivamente, y, aun cuando algunas docenas de familias hubieran retornado al judaísmo cuando en España proclamóse la República, el general Franco podía, sin temor a ser desmentido, afirmar en uno de sus primeros discursos después de la guerra civil: « No hay problema indio en España. Isabel la Católica lo ha resuelto de una vez para siempre ».

Y sin embargo, todo viajero que atravesando España, trate de arrancar sus secretos a los vestigios del pasado, notará una presencia judía. En Toledo y en Sevilla se alzan aún las antiguas sinagogas de juderías desaparecidas; en Palma de Mallorca, esta presencia difusa reviste el carácter de un misterio al restituírnos el medio español con sus pasiones violentas, sus quemaderos y sus autos de fe.

Volvamos, para efectuar ese sondeo en los arcanos del alma religiosa española, a la época que los israelitas llaman del « éxodo de España ».

Un pequeño grupo de judíos — convertidos al catolicismo durante el reinado de Isabel — intentó fomar nuevo rumbo y se desolidarizó incluso de los marranos, pues ponían en peligro su deseo de olvido y asimilación. Ese fue el caso de los judíos de Palma de Mallorca — en las Baleares — a los que tan poca gracia les hacía el destierro como el martirio. No obstante, y a pesar de su vo-

luntad real de integrarse y fundirse con la sociedad mallorquina, los judíos de Palma no fueron aceptados por los viejos católicos, los cuales les consideraban como tránsfugas, ponían en duda su cristianismo y les aplicaron el mote de chuetas, de modo que su maldición fué doble: aborrecidos por los nuevos correligionarios y renegados por sus antiguos hermanos. El ostracismo que les manifestaban los mallorquines obligólos a casarse entre ellos y formaron así un verdadero ghetto en el seno de la Iglesia católica, y, todavía hoy, los chuetas poseen su iglesia y sus curas particulares. Los matrimonios mixtos se efectúan desde hace apenas veinte años, y aun así son bastante raros.

Los chuetas distinguieronse de los católicos tradicionales exagerando la ortodoxia, además de que, en sus casas, rezaban en voz alta para deshacer la sospecha de indeferencia que pudiese existir acerca de ellos y también cocinaban con la ventana abierta para mostrar ostensiblemente que comían carne de cerdo — prohibida por la ley mosaica —. Pero, a pesar de todos los desvelos, el Santo Oficio cumplía, un piadoso deber al asar en la parrilla a los vecinos de la Calle de los Judíos que, de cuya fe católica, no llegaban a convencer a sus inquisidores.

Así, pues, las pruebas incansantes de fidelidad y lealtad con respecto a la Iglesia y por parte de los chuetas, quedaron sin efecto; o, más bien, ese furor masoquista acreció aún la desconfianza y la animosidad de los mallorquinos, los cuales pensaron tal vez que esta curiosa actitud respondía a una especie de diablería específicamente judía.

SOLIDARIDAD

Suplemento COBRIN

Redacción y Administración: 24, Rue Sainte-Marthe. PARIS X°.

Teléf. BOT. 22-02

CINCUENTENARIO

de la muerte de Chejof

HACE cincuenta años, cuando, víctima de la tuberculosis, moría en una aldea de la Selva Negra Antón Pablovitch Chejof, nadie, a menos de haber visto las representaciones del Teatro de Moscú — en donde Stanislavsky presentó de modo magnífico « La Gaviota » y « El Tío Vania » — sabía que era uno de los grandes escritores rusos. Mucho más tarde, hacia 1930, varios sectores literarios de Europa, y sobre todo de Inglaterra, confesaban experimentar la influencia profunda de Chejof como dramaturgo y narrador.

por GEORGES FRADIER

Chejof, hombre pesimista, comenzó por el humorismo y no lo abandonó jamás, aun cuando en verdad, su humorismo era algo sombrío e inquietaba a las gentes sin lograr hacerlas sonreír. Era aquella una curiosa época de Rusia. La esperanza, desde el asesinato del Zar Alejandro II y el fracaso del movimiento populista, tenía aspecto de una burla. Los grandes hombres desaparecían: Dostoevsky había muerto en 1881, Turguenef en 1883, Uspensky se había vuelto loco. Quedaba Tolstói con la no resistencia, la vuelta a las fuentes y los falansterios de intelectuales dedicados a la abstinencia. El pueblo callaba. La alta sociedad se divertía.

Antón Chejof, médico, observaba, auscultaba, describía el mundo de fin de siglo, sin lirismo, sin elocuencia acusadora o profética, pero sin frialdad y sin monospeccio. El mundo le parecía lleno de enfermos; algunos peligrosos, otros dignos de lástima, víctimas ridículas de sus propias ilusiones. Trataba, pues, de arrancarles esas ilusiones que hubieran significado una traba para su libertad. Se le podía considerar como un anarquista.

« Deseo ser un artista independiente. Nada más. Toda etiqueta constituye para mí un insulto. Lo único sagrado que reconozco es el cuerpo humano, y, consiguientemente, el talento, el amor, la razón, la inspiración y la libertad absoluta ». Chejof proclamaba los axio-

mas de un positivismo atrevido y de un materialismo vigoroso, enfrentándose al efecto con un Tolstói — convertido ya en patriarca — o « filósofos » religiosos como Soloviev, Minsky y Merejkovsky. « En la electricidad y en el vapor — decía — hay más humanidad verdadera que en la castidad y en el sistema vegetariano ». Y hablaba con gran seguridad de la « cultura moderna », comienzo de la obra que debe realizarse en nombre del porvenir, mientras que al movimiento religioso lo juzgó como « la culminación fosilizada de lo que se encuentra en trance de morir o ya está muerto... » En su primer drama (Ivanof), presenta Chejof como personaje favorito un intelectual neurasténico, acaso no todavía loco, pero profundamente desequilibrado. En la época, Ibsen pintaba los mismos « naufragos de la vida ».

Estas víctimas, generalmente nefastas, no eran condenadas por Chejof, pues, por ejemplo, en el relato del « Monje Negro », el profesor Cobrin vive de sus sueños, y, cuando sana de esta enfermedad, se encuentra al borde de la desesperación, abandonando a su mujer que, creyendo salvarle, le ha privado de sus maravillosas alucinaciones. Muere tuberculosis (el Dr. Chejof conocía bien esta enfermedad). Entonces, « El Monje Negro » de sus sue-

ños viene a consolarle y le comunica la certidumbre de su genio. Si el profesor sucumbe es porque existe un desequilibrio muy grande entre su alma eterna y su débil cuerpo mortal.

Se podría probar que a medida que Chejof avanzaba, cada vez más lúcidamente, hacia el fin de su vida y que perfeccionaba su obra en profundidad, se dejaba ganar por una ternura severa para su mundo desequilibrado. No creía que su mundo pereciera con él. Pero tampoco creía en la victoria definitiva del mal o del bien ni en las apocalipsis vengadoras. « El Tío Vania », cuya creación data de 1899 es precisamente el drama de una fe difícil, aunque secreta y discretamente austera. Una impostura descubierta provoca de ordinario ciertas rupturas ruidosas — por lo menos en el teatro — y se resuelve en muertes y resurrecciones. Las catástrofes son misteriosamente evitadas y los personajes que poseen la claye de éstas prefieren la vida cotidiana, es decir, simplemente la vida, no por cansancio o cobardía, sino en aras de la simplicidad y del silencio, en nombre de una resignación espiritual.

El relato « Mi vida » va — por este camino que se puede llamar la vía de la esperanza — más lejos aún. En apariencia se trata de la historia amarga de un fracaso sentimental, conyugal, social y político. El protagonista Poloznef había querido realizar, en compañía de su esposa, una noble experiencia, redimiendo a los campesinos analfabetos y aplicando las doctrinas más generosas, pero todo se derrumba de pronto: los campesinos no desean las mejoras que se les proponen y que no comprenden. La joven esposa parte para América y Poloznef vuelve a su antiguo oficio de decorador.

Pero para Chejof el fracaso no trae consigo ninguna consideración sobre la vanidad del esfuerzo, el progreso, el amor o la educación, y no es siquiera inevitable. Puede parecer característico y sorprendente a los ojos de un pesimista que el héroe acepte únicamente una desilusión temporal al discernir el motivo de su fracaso y al darse cuenta que no se trata de causas metafísicas sino más bien económicas y sociales. El razonamiento de Chejof era seguramente comprensible y familiar para los lectores rusos de 1900: al desaparecer la ignorancia de las masas populares, cada individuo trabajaría de acuerdo con su capacidad, pero cada trabajo será apreciado por igual. Es decir, el equilibrio será restablecido. En todo caso, este razonamiento no es el de un artista orgulloso y solitario.

DOS EN UNO



NUESTRA concepción del mundo y de la vida es de origen europeo. Desligarnos de ella equivaldría a desligarnos de la substancia íntima de nuestro ser, de la substancia de nuestra propia personalidad. No podemos renegar de esta cultura como no podríamos renegar de nuestros padres. Pero, de igual modo que, sin renegar de sus padres, el hombre adquiere una personalidad que basta para distinguirlo de ellos, la América española debe tener una personalidad cultural que no quepa confundirla con la cultura de que es heredera.

No pocos aspectos de la historia americano-española son todavía imperfectamente asimilados. Están aún vivos bastantes rencores cuyas raíces corresponden a un pasado que debería ya ser lejano; pero ahora, so-

mos conscientes de ello. Hay aún localidades de la América española en que siguen agrupándose los partidarios del « indigenismo » y los del « hispanismo »; se discuten todavía los problemas que, al entrar en contacto, plantean las culturas española e indígena. De otra parte, se discute también acerca de la colonia y del liberalismo; pero comienza a notarse que el mejor modo de poner fin a tales discusiones consiste en hacerlas entrar en la historia.

La América española alcanzará su madurez cuando se haya formado una conciencia clara de las relaciones que conservan en ella las dos fuerzas que la definen. En cuanto se deje, pues, de hablar y de discutir con respecto al « indigenismo » y al « hispanismo », la América española será plenamente lo que su nombre indica: una fusión del mundo americano y del mundo hispánico en el interior de este continente.

Una cuartilla de LEOPOLDO ZEA